RADIANT

LIBROS DEL Cielo

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

CYNTHIA HAND

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.
Es una traducción de fans para fans.
Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro.
También puedes apoyarlo con una reseña, siguiéndolo
en sus redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.
¡Disfruta la lectura!

Staff

Moderadoras

Marie.Ang
Daenerys♫
Itxi
Maarlopez

Traductoras

Cookie
KristewStewpid
Mary Haynes
America Sardothien
Nina Carter
Zöe..
Francisca Abdo Arias
America Sardothien
Mel Markham
JoyceLovesTL
Aymar17
Aleja E
Valen Drtner
Aiden

Correctoras

Daenerys♫
Marie.Ang
MaarLopez
Itxi
Val_17
Gabbita
Aimetz14
Zafiro
Alaska Young
CrisCras
NnancyC
gabihhbelieber
Vanessa VR
Melii

Lectura Final

Marie.Ang

Diseño

Deydra Eaton

Índice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Sobre el Autor

Sinopsis

Clara está desesperada por alejarse —de los recuerdos que la persiguen en Wyoming y las visiones de un futuro que no está lista a enfrentar— y pasar el verano en Italia con su mejor amiga, Angela, debería ser el escape perfecto…Desde que tiene uso de razón, a Angela se le ha dicho que el amor es peligroso, que siempre debe cuidar su corazón. Pero cuando conoció a un misterioso chico en Italia hace dos años, estaba determinada a estar con él, sin importar el precio. Ahora debe decidir si puede confiar a Clara su secreto, o si decirle la verdad arriesgará todo lo que le importa.

Alternando entre las perspectivas de Angela y Clara, Radiant narra el inolvidable verano que probará los lazos de su amistad y cambiará sus vidas para siempre.

Unearthly, #2.5

1

Angela

Traducido por Cookie

Corregido por Daenerys♫

Clara está teniendo visiones otra vez.

Es cuatro de Julio. Si estuviésemos de nuevo en casa en Wyoming estaríamos celebrando, comiendo sandía y viendo los fuegos artificiales encima de Jackson Hole, burlándonos de los turistas. En vez de eso, estamos en Roma devorando el infame spaghetti de mi abuela junto con todo el clan Zerbino, mis tías, tíos y primos apiñados hombro con hombro alrededor de la mesa. Somos un grupo llamativo, los Zerbinos. Al límite de lo ofensivo. Las tías están chismeando acerca de la mujer que vive al lado, quién parece, por lo que dicen, tener tres distintos-pero-igual-de importantes novios que no se conocen uno al otro. Están charlando tan fuerte sobre eso que estoy segura de que la señora del lado puede oírlas. Miro al otro lado de la mesa a Clara como *¿Puedes creer que estoy relacionada con estas personas?* pero sus ojos están completamente en blanco. Le hago una pregunta, y no contesta. No me escucha.

Ella está viendo el futuro.

¿Me hace una mala persona que me de risa la forma en que mira fijamente hacia el espacio, con una sola hebra de spaghetti pegada a su barbilla?

Pero entonces el tenedor cae de su mano, retumbando fuertemente sobre la mesa, y mis parientes notan que Clara no está más con nosotros.

Alguien le pregunta si se encuentra bien. Alguien toca su hombro, sacudiéndola suavemente. Ella no responde. La habitación estalla en una ráfaga de frenético italiano. Mi tío Alberto, que está sentado a su lado, comienza a golpearla en la espalda. Duro. Mi prima Bella grita algo acerca de reacciones alérgicas, y paramédicos. Y Clara solo se sienta allí, inclinándose hacia la mesa, su cara a centímetros de su plato. Distraída.

En mi opinión tiene dos segundos más antes de que le practiquen la maniobra de Heimlich1.

—¡Ella está ahogándose! —le grito en italiano a mi tío—: ¡Déjala en paz! ¡La vas a lastimar!

Él sigue golpeándola.

—¡Para, Alberto, para! —ordena Nonna.

Se detiene. Todo el mundo escucha siempre a Nonna.

De repente, Clara respira profundamente y se reacomoda en el asiento. Pestañea un par de veces, como si no tuviera idea de donde está, como ha llegado aquí. Debe ser bastante la vista al despertar, todos en la mesa mirándola alarmados.

—Lo siento —murmura, su cara poniéndose de un adorable rojo. Se aclara la garganta y trata de arreglar su cabello detrás de su oreja, y me doy cuenta de que su mano tiembla antes de que la meta de nuevo en su regazo—. Estoy bien. Lamento eso.

Más miradas. Entonces Bella dice—: ¿Qué piensas que está mal con ella, eh? —Y todo el mundo comienza a hablar acerca de que podría tener algún tipo de enfermedad, tal vez narcolepsia, que es una palabra que suena graciosa en italiano, *narcolessia*. Ellos pasan a discutir lo extraña que es Clara, incluso para una Americana. Puede ser que este fuera de sus cabales por el dolor, ya que su madre murió hace unas pocas semanas. O que tiene un hermano delincuente que está desaparecido —*¿Cómo saben eso?*, me pregunto. ¿Han estado escuchando sus llamadas a Billy cuando estaban hablando de Jeffrey?—. O quizá, especulan, ella tiene algún tipo de problema con las drogas.

Ellos no creen que ella puede entender lo que están diciendo. Pero por supuesto que lo hace. Puede comprender cualquier idioma del mundo. Me encuentro con sus ojos al otro lado de la mesa y trato de darle una sonrisa de entendimiento.

Sí, algunas veces apesta ser un ángel de sangre, pero siempre es bueno para unas cuantas risas, ¿verdad?

No me devuelve la sonrisa. Murmura algo ininteligible y se escabulle de la mesa. Me toma un momento para tratar de explicarle a mi familia que (a) Clara no toma drogas, y (b) ella no necesita un doctor. Tomo el punto de vista del dolor e improviso con eso.

—Clara esta pasado por un momento difícil —digo. Lo cual es cierto.

---

1 Técnica de emergencia para prevenir la asfixia cuando se bloquean las vías respiratorias de una persona con un pedazo de alimento u otro objeto.

La encuentro arriba en el pequeño lavabo de nuestra habitación, fregando frenéticamente, tratando de quitar la salsa de spaghetti de su camisa blanca.

—Así que… —Me apoyo contra el marco de la puerta—, una nueva visión.

—Síp. —Fregar, fregar, fregar.

—¿Qué es esta vez? —pregunto.

Sigue fregando, pero la mancha no sale; solo se expande.

—No hay mucho de donde partir aún. Oscuridad. Un mal presentimiento.

Por supuestos hay más que ella no me está diciendo. Clara no cuenta todo siempre.

—Oh, así que es una visión divertida—digo.

Se ríe sin humor. —Sí. ¡Dejemos que los buenos tiempos corran!

Mis visiones nunca han sido como las suyas. Me he quedado en blanco un par de veces, como ella lo hizo esta noche, pero nunca dura tanto. Es más un destello cuando me sucede a mí, un conjunto de imágenes que me golpea rápido una tras de otra, siempre lo mismo: un largo camino cuadriculado hecho de piedras purpura y marrón claro, dando a una zona abierta, palmeras, autos estacionados, bicicletas pasando zumbando, el sol alto en el cielo por encima de las cabezas. Luego un conjunto de cinco escalones anchos que conducen a alguna clase de patio, rodeado con arcadas, arcadas, arcadas sin fin, y más allá de ellas un enorme patio. Flores rojas. Un destello de figuras oscuras de pie en un círculo.

Solían asustarme las figuras oscuras. Pensé que podrían ser ángeles caídos, tipos malos, allí para hacerme daño, o detenerme de hacer lo que sea que me han enviado a hacer a este lugar, o algo igualmente desagradable. Entonces me di cuenta que estoy viendo la Universidad de Stanford, y que esas figuras son estatuas—réplicas de los *Burgueses de Calais* de Rodin. A Stanford le gusta Rodin.

De todos modos, el punto es que mi visión nunca revela nada malo. Me muestra un día soleado y radiante y conjunto de escalones. La única cosa que mi visión tiene en común con cualquiera de Clara es que en la cima de esos escalones veo un a chico de espaldas a mí, como ella vio la espalda de Christian en su primera visión—no es que ella supiera que era Christian en ese momento. No tengo idea de quién es mi chico tampoco, pero él está usando un traje gris, lo que me hace pensar que es alguien mayor.

Se supone que debo darle a ese chico un mensaje.

Después de años teniendo esta visión, todas mis notas, investigación e intentos de ir más despacio y entenderlo, eso es todo lo que sé.

Me siento a los pies de la cama y trato de que la envidia no se muestre en mi cara. Clara siempre parece tener visiones importantes, momentos dramáticos que Elle tiene intención de desarrollar, y entonces todos tenemos que seguirle la corriente, como si ella fuera la cabeza en nuestra producción. Con ella, siempre hay algún elemento de peligro, un Alas Negras merodeando cerca, un dolor terrible, un *designio* detrás de su designio. Después de todo, Clara es un Triplare, unos tres cuartos de ángel, raros, poderosos y deseados por todo el mundo, el lado bueno y el malo, aunque ella no quiere hacer nada con ese poder. Clara tiene este deseo a lo Pinocho: en el fondo todo lo que quiere es ser una chica real. Una chica normal. A pesar de que es cualquier cosa menos eso.

Yo, estoy cantando el telegrama. Nadie a quién salvar. Nadie con quién pelear. Solo palabras—palabras que ni siquiera conozco todavía. Clara es la heroína del libro. Yo soy la chica de la entrega.

Me recuerdo a mí misma que han habido mucho mensajes celestiales entregados en la historia del hombre. Es un trabajo importante. Es vital. No todo está envuelto en lo personal, como lo de Clara. No es sobre quién o que soy. Es un trabajo que tengo que hacer. Así de simple. Fácil. Pero aún importante.

Eso es lo que me digo a mi misma.

Clara se da por vencida con la camisa, la arroja a la parte superior de su maleta. Suspira pesadamente.

—Así que, ahora tu familia piensa que soy un bicho raro, ¿cierto?

Me encojo de hombros.

—Ellos ya pesaban eso. Pero piensan que yo soy un bicho raro también. *Demasiados libros* —digo, cambiando a italiano—. *Una chica como ella debería salir, conocer a hombres jóvenes, conseguir un novio, no esconderse en librerías e iglesias.*

Ella sonríe, una sonrisa real esta vez. Los bichos raros aman la compañía. —Está bien, entonces. En la medida de que tú seas un bicho raro también.

—Nunca subestimes el poder de los bichos raros —le digo.

Ella parece meditarlo.

—Pensé que tenías un novio, sin embargo. En Italia, quiero decir. ¿No es así?

Como si ella ya no supiera que ese es un tema del que no hablo. Pero soy una actriz decente cuando la situación lo amerita. Crecí en un teatro, después de todo.

Así que, no es muy difícil interpretar la carta de zorra. Arqueo mi ceja y contorneo mi cuerpo sugestivamente sobre la cama y digo—: No que los Zerbinos conozcan. He tenido toda tipo de sexys sementales italianos aquí y Nonna nunca tuvo ni idea.

—Oh. Pensé…

—Tenemos que encontrarte uno —digo rápidamente—. Eso es justo lo que el doctor recetó, creo. Una aventura amorosa de verano.

La luz se va de sus ojos. Esa es la última cosa que quiere. Ella aún está suspirando por el vaquero, todavía piensa en él como en la mitad de sus momentos despierta y la mayoría de sus sueños. Durante las últimas tres semanas, desde que estamos en este viaje, he aprendido todo de sus nostálgicas expresiones de pensando en Tucker.

Clara piensa que es buena escondiendo sus emociones. Pero ella es muy fácil de entender. Lleva el corazón en la mano para que todos lo vean. Y su corazón, por el momento, definitivamente está roto.

Ella no sabe nada acerca del estado de mi corazón. O que está de cierta manera roto, también.

2

Clara

Traducido por KristewStewpid

Corregido por Marie.Ang

Estamos en el metro cuando ocurre de nuevo, en el camino de regreso desde el Café Hard Rock en Roma. Es tonto, lo sé, salir por una vieja hamburguesa con queso simple en esta ciudad de comida eternamente increíble, pero después de casi un mes en Italia, la pasta se está haciendo vieja. Estoy junto a Ángela mientras el tren sigue su desvencijado camino bajo la ciudad, mi hombro golpea el suyo al tomar las esquinas, la luz en el vagón oscuro y verdoso en un modo que hace que todo se sienta como una película de cine negro. Estamos hablando sobre cómo queremos pasar nuestro segundo mes en Italia.

Bueno, Ángela está hablando. Yo, yo estoy pensando en Tucker. Estoy preguntándome que estará haciendo en este mismo momento. Son casi las nueve de la noche aquí, lo que significa que son casi las seis de la mañana allí. Él está durmiendo, seguramente. Pronto su padre entrará y le despertará, y juntos irán al establo y ordeñarán las vacas. El aire olerá como alfalfa dulce y sudor de caballo, y quizá se parará en el medio del establo y pensará en mí, en el lugar donde nos besamos por primera vez, y deseará que yo estuviera allí.

O tal vez, porque es un chico listo, no pensará en mí en absoluto. Se habrá dado cuenta que estar conmigo no vale toda la carga del ángel.

Él habrá seguido adelante.

—Ahí está esa vieja biblioteca a la que voy en Milán —está diciendo Ángela—. Me encantaría ver si tienen algo sobre… —Se detiene, como si estuviéramos de acuerdo en no decir la palabra *Triplare* en voz alta en público—. La gente T, allí.

Alzo mis cejas ante el término *gente T*, me aclaro la garganta para quitarme algo de la tensión relacionada con Tucker. —Oh, vamos, Ange,

suficiente con las bibliotecas. Hemos estado en una docena de bibliotecas ya. Digo que vayamos a Pompeya. Abrazar lo turístico.

—Pompeya es triste —dice con un ruedo de ojos de ya-he-pasado-por-eso—. Está toda esa gente de escayola en las posiciones en las que murieron. Muy deprimente.

—Odio recordarte, O-ella-cuyo-armario-entero-es-negro, pero estás en todo sobre lo deprimente —digo—. Sabes que amas una buena tragedia.

Me da un indicio de sonrisa como si fuera a decir *Sí, sí, lo hago*, pero no lo oigo porque en ese momento, así de rápido, estoy dentro de una visión. Y entonces *bam*… estoy de vuelta en el tren.

Inhalo bruscamente, como si estuviera rompiendo la superficie desde debajo del agua. Hay una mano en mi hombro, esmalte de uñas negro astillado; Ángela. Ella me ha guiado hacia un asiento y está sentada frente a mí, mirándome con conocedores y compasivos ojos. Un afluente de Italiano fluye a nuestro alrededor, tanta gente simplemente pensando en sus noches, inconscientes de que hay algo fuera de lo común. Parpadeo unas pocas veces. Todo está ligeramente borroso. Ángela escarba en su bolsa por un minuto y muestra un pañuelo arrugado.

—Está limpio —dice, y cuando no la entiendo, cuando no respondo, rápidamente frota mi cara con cuidado.

Creo que estaba llorando.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

Aún estoy tratando de recuperar el aliento. Esto apesta. Que no daría por ser normal, por una vez.

—Tendremos que hablar sobre eso luego —dice Ángela cuando no respondo—. No aquí, obviamente.

Me quedo mirando el suelo. He estado teniendo esta nueva visión por un poco más de una semana ahora, la primera vez en la cena familiar de los Zerbino (caray, fue un gran espectáculo; debería comenzar a cobrar entrada), una vez en la ducha, y otra cuando estábamos en un autobús volviendo de Venecia. Por supuesto Ángela está enterada, pero en realidad no he entrado en detalles con ella. Algo sobre la visión esta vez, algo sobre lo que siento dentro de ella, es malo. Como gente muriendo, malo. Pero no como la última vez. La última vez mi visión fue marcada por el dolor, esta vez lo que siento es miedo. Agudo, encoge corazones, vil terror. No quiero hablar sobre ello después.

—Bien —dice Ángela mientras mi pulso vuelve a su ritmo normal—. Al menos no te caíste. No sé cómo lo habría explicado a toda esa gente si tú…

Se detiene, las palabras se desvanecen en sus labios. Su cuerpo entero se pone rígido, como si se estuviera convirtiendo en piedra, sus ojos fijos en algo sobre mi hombro. O alguien.

Me doy la vuelta para ver a quién está mirando.

A primera vista pienso que él es el típico chico Italiano mirándonos lascivamente a nosotras, las chicas Americanas, veinticinco años quizá, piel aceitunada, ojos oscuros, cabello castaño ondulado que está cuidadosamente arreglado, llevando una simple camisa blanca abotonada con las mangas enrolladas hasta debajo del codo, y pantalones caqui, zapatos de cuero brillante. Mono, creo. Está mirándonos fijamente con un amago de sonrisa.

Tengo este extraño e inquieto sentimiento, un cosquilleo a lo largo de mi columna vertebral.

Me vuelvo hacia Ángela. Ella está mirando hacia fuera por la ventana donde no hay nada que ver, excepto el oscuro túnel por el que estamos pasando. Empuja un mechón de su cabello detrás de su oreja, entonces regresa las manos a su regazo, donde comienza a girar su anillo en círculos en el dedo índice, un hábito nervioso del que nunca me había dado cuenta antes.

Doy otra mirada al chico. Encuentra mi mirada, su sonrisa ensanchándose, sus ojos intencionados, casi riendo.

—Ange… —digo, volviendo hacia ella—. ¿Quién es…?

Entonces me golpea. Este debe ser el novio secreto Italiano de Ángela.

Ajá. Me he estado preguntando si él iba a aparecer. Incluso hice una broma tonta sobre ello cuando aterrizamos primero en Roma, como, *Entonces ¿dónde está el Chico Misterioso?* y Ángela me dio una mirada que habría marchitado flores, así que lo dejé. Intenté preguntarle sobre ello la semana pasada, y esa vez actuó como si tuviera una serie de novios en Italia, no uno especialmente. Pero ahora él está aquí, en persona, y Ángela está intentado ocultar con ahínco que se está poniendo totalmente histérica.

—Oh —digo, sofocando una sonrisa, aliviada de que no hay nada peligroso—. Ya veo.

Ella se echa hacia delante y me agarra por las muñecas. Con fuerza.

—No me leas —masculla en voz baja. Pero tocándome solo hace más fácil captar lo que está sintiendo. Veo un destello de este chico en su mente, un recuerdo, uno cercano de su rostro, sus ojos, que son de un hermoso marrón chocolate, su cálido aliento contra su mejilla mientras se acerca, mira desde sus ojos hasta sus labios.

Quito la mano de la de Ángela. Una voz sobre mi cabeza anuncia la siguiente parada, y el tren comienza a ralentizar. Aún estamos a dos paradas de la nuestra, pero Ángela salta.

—Vamos a bajar —dice fuertemente—. Apesta aquí.

No discuto. El tren para y las puertas se abren. La sigo fuera, y aunque está intentando actuar toda normal, no me pierdo la mirada de no-podría-preocuparme-menos-por-ti que lanza al chico Italiano. Y no me pierdo la forma en la que él asiente hacia ella, todavía sonriendo.

Como si la estuviera poniendo en evidencia.

3

Angela

Traducido por Mary Haynes

Corregido por MaarLopez

Mi mamá siempre dice que el amor es como la mordida de una serpiente, el veneno se esparce lentamente por tus venas. Jamás me contó sobre su propia vida amorosa, del esposo que tuvo años antes de que yo naciera. El hombre que rompió su corazón al morir. Es difícil imaginarme a mi mamá enamorada. Todo lo que queda ahora es el tipo de pasión que siente por la iglesia, su trabajo que ejecuta en la Liga o, a veces, por mí. Cuando uso algo escotado o me pongo un labial muy rojo, me echa un vistazo y me arrastra a su habitación del brazo, donde hay un retrato de Jesús en la pared. Me sienta en el pequeño banco de mimbre al lado de la cama. Y habla sobre el amor siendo como la mordida de una serpiente. Como algo peligroso. Como algo malo.

—Debes guardar tu corazón —dice siempre.

Lo que es raro en esto (además del hecho de que Jesús en ese retrato tiene ojos azules y cabello dorado y lacio—quiero decir, por favor) es lo que creo que ella realmente se refiere a mi corazón. Como si no estuviera diciendo la palabra *corazón* como otro sinónimo de *virginidad*. No está hablando de lujuria, aunque eso es malo también, claro. Está hablando sobre el amor.

Mi mamá tiene miedo de que me enamore.

—Protege tu corazón, Angela —dice, yo asiento y le digo que estoy bien. No hay chicos en mi vida. Ningún bombón que capte mi atención. El amor no tiene oportunidad.

—Estoy muy ocupada para los chicos —digo.

Y ella dice—: Bien. —Acaricia mi mano y mira a Jesús como si nosotros tres –Jesús, Mama y yo– fuéramos una pequeña familia feliz, y hubiéramos terminado una discusión familiar.

Buena charla. Problema resuelto. Nada de este incómodo asunto de enamorarse.

Pero me pregunto, toda esta charla anti-amor ¿es por mi papá? ¿Por lo que en eso me convierte? ¿Piensa que debería evitar el amor porque en el fondo, hay algo oscuro dentro de mí? ¿Algo que no es digno de amar?

Me contó la historia tres veces, con menos detalles cada vez que pregunté. Estaba caminando, en la noche, en Roma. Su esposo acababa de morir pocos meses antes de cáncer, y estaba desconsolada. Se estaba quedando con su madre, rodeada por la multitud parlanchina de la familia Zerbino. Estaba haciendo todo lo bueno, dijo, siendo parte de nuestra escandalosa y estrepitosa familia, comiendo buena comida todos los días, haciéndola recordar la vida. Pero esa noche, quería silencio, quería estar sola. Fue a misa en San Marco, y el ángel la siguió a casa. Se despertó por su silueta oscura parada sobre su cama. Paralizada, sin poder gritar.

—¿Él dijo algo? —le pregunté una de esas veces, pero negó con la cabeza, apartándose, sus dedos agarrando el pequeño crucifijo dorado que ha llevado alrededor de su cuello desde que puedo recordarlo. Me dejó con la imagen de esa sombra amenazadora sobre ella.

Sus alas negras cortando la luz.

Mi concepción no fue un acto de amor. Para mi madre, soy una maldición.

Regresó a los Estados Unidos y se escondió, así como su crecido vientre y su vergüenza.

Se alejó de su familia y sus amigos. La gente pensaba que estaba dolida por la muerte de su esposo, y así era pero también estaba afligida por ella misma. Parte de ella murió esa noche, me dijo. Pero entonces una mañana un tipo diferente de ángel llegó —un hombre de oro, le llamó— que le dijo que yo no era una maldición, sino a bendición. Sería una niña extraordinaria, nacida de ángeles y hombres. Una niña brillante, dijo. Un milagro.

Ahí es cuando tuvo la idea de llamarme Angela, y un momento después decidió amarme.

Y tal vez esa es la mordedura de serpiente de la que habla. Tal vez su amor por mí era esa lenta difusión de cosas en su sangre, como si fuera una enfermedad que la infectó. No quería amarme, pero lo hizo. No pudo evitarlo. Sin embargo, no explica por qué insiste en que me alejé del amor, como si supiera algo sobre mí que yo no.

—Cuida tu corazón —es todo lo que dice.

No le digo que me enamoré hace dos años. Verdadera, loca y profundamente—¿no es así lo que dice la canción?—me enamoré. Eso es lo que no tengo el valor de decir en voz alta.

4

Clara

Traducido por America Sardothien

Corregido por Itxi

Angela no dice más de dos palabras en nuestro camino de vuelta a casa por la calle de adoquines. Camina como si fuera tarde, casi corriendo, y ocasionalmente pasa sus manos arriba y abajo por sus brazos desnudos como si tuviera frío, a pesar de que es una noche de invierno cálida. Intento estar fuera de su cabeza, darle algo de privacidad, pero es difícil. Ellos discutieron la última vez que se vieron, tanto que no pude evitarlo y lo capté. Discutieron y ella estaba enojada cuando lo dejó y se preguntaba si tal vez nunca lo volvería a ver. Y ahora es una mezcla caliente de pánico, orgullo herido y anhelo, un anhelo tan profundo que me quita la respiración.

Está loca por este chico.

—¿Estás bien? —pregunto sin aliento cuando alcanzamos la pequeña casa donde vive su abuela. Angela para en el pórtico y mira hacia la calle.

—Estoy bien —dice, muy suavemente—. Solo se llenó de gente allá.

Ajá.

—Guau, estoy tan cansada —dice y me empuja para pasarme.

Dentro, su abuela está de pie en el fogón, revolviendo algo en una olla, algún tipo de salsa. La cocina está llena con un aroma maravilloso a guisado de tomate. Lo juro, esta mujer siempre está cocinando, día o noche.

—Hola, Nonna. Tuvimos un buen rato. Iremos a la cama ahora —dice Angela, y sube como un rayo las escaleras. Comienzo a seguirla, pero Rosa levanta una mano para detenerme.

—¿Conocieron guapos chicos italianos? —pregunta en su inglés alto y moldeado, moviendo las cejas.

—Eh, uno —le respondo—. Vimos un chico lindo.

—Debes tener cuidado con los chicos guapos —dice y hace un sonido de desaprobación con su lengua—. Rostro lindo, alma podrida. Cuidado con esos. Esos chicos no son buenos para ti. Te meterán en problemas.

Resulta que no está equivocada.

5

Angela

Traducido por Nina Carter

Corregido por Val_17

Verlo de nuevo es como estar envuelta en llamas. Siento literalmente su mirada sobre mí, un calor que empieza por mis pies y lava mi cuerpo; levanto la mirada y ahí está él, sentado al otro lado del abarrotado carro del metro.

Mi corazón hace *bum-bum-bum*, y es como si el resto de las personas en el tren se atenuaran, dejándolo solo a él en colores brillantes. Tengo que mirar hacia otro lado. Tengo que recordar que rompió mi corazón la última vez. Me llamó una niña. Dije algunas cosas que no debí. Estallé. Y cuando volví en mí, se había ido.

Sin llamadas. Sin correos electrónicos. Sin cartas escritas con su letra garabateada e irregular. Se fue. No he oído de él en más de un año.

Me recuerdo que estoy enojada con él.

Pero me está sonriendo.

Clara está mirando de ida y vuelta entre nosotros, con los ojos brillantes por la curiosidad. Ahora el calor ha alcanzado mi rostro. El aire aquí se siente caliente y pesado, presionando.

Tengo que salir de este tren, pienso. Intento mantener la cabeza bien puesta, actuar como si no me importara, pero él me inmoviliza con esa sonrisa, una invitación escrita en todo su rostro. Me pongo de pie mientras el tren desacelera y digo—: Bajemos. Apesta aquí adentro.

De repente, tengo la imagen del sofá verde de su departamento en mi cabeza; el sol asomándose a través de la ventana, el olor a aceite de linaza, la aspereza de la madera en mi piel. Me siento mareada con lo mucho que quiero volver a ese momento. Lo miro de nuevo. Hay un destello de incertidumbre en sus ojos que lo hace parecer un niño pequeño, a pesar de ser todo lo contrario. Me extraña y quiere verme.

Él quiere más que verme.

Sonríe.

No le devuelvo la sonrisa. El tren se detiene, y Clara y yo bajamos. Siento como si no hubiera aire respirable en el mundo, y empiezo a caminar. Clara va detrás de mí con preguntas no formuladas, y que no quiero explicar.

Pero sé que iré con él más tarde. No es como si existiera una opción. En un instante me encuentro en la calle otra vez, cerrando la puerta con suavidad detrás de mí para no alertar a Nonna y que no me sorprenda escabulléndome a mitad de la noche.

Clara lo sabe. Eso no se puede evitar; estaba despierta cuando me escapé. Va a querer respuestas y voy a tener que darle algunas eventualmente.

Pero no esta noche.

El metro está cerrado. Tendré que caminar por el medio de Roma, pero no me importa. Sé el camino de memoria, *de memoria*; una expresión divertida, tan cierta. Mi corazón sabe exactamente adónde ir.

Camino y camino. Bajo los escalones de la Plaza de España, radiante y hermosa en la oscuridad, con grandes maceteros de rosas y azaleas alineadas a lo largo de los costados y la fuente susurrando en el fondo. Amo este lugar más que cualquier otro en Roma y he estado evitándolo todo el verano porque me hace pensar en él.

Un hombre ebrio me habla en italiano—: *Ven aquí, belleza* —y se tambalea hacia mí con dificultad. Es inofensivo. Podría noquearlo en apenas dos segundos, pero es cuando empiezo a correr.

No me detengo hasta que llego a su departamento.

Por un minuto, me quedo de pie ante la puerta y me preocupo. Me equivoqué. Lo que leí en sus ojos no era una invitación. Solo fue cortés, la vieja expresión de "hola, ex novia, te ves bien" en su rostro y nada más.

¿Eso es lo que soy, su ex? Parece la palabra incorrecta porque en realidad nunca fue mi novio. Él era mi mundo entero, pero no mi novio. Rápidamente, antes de que pueda razonar esto, toco la puerta.

La abre de inmediato, como si estuviera esperando, con la mano en el pomo de la puerta.

Nos miramos. Está usando el mismo atuendo que llevaba en el tren, una camisa blanca y pantalones caqui, pero la camisa está desabotonada, abierta, revelando una extensión de su pecho moreno y suave. Es el *David* de Miguel Ángel en vida. Es todo lo que recuerdo: los rizos oscuros ligeramente engrasados; su cara fina, casi delicada; los ojos color chocolate que me hacen sentir como si me ahogara, incapaz de hacer

pasar el aire suficiente a mis pulmones cuando me mira así. Como si estuviera feliz de verme. Como si me quisiera. Tomo una bocanada de aire para intentar decir algo ingenioso, porque le encanta cuando lo soy, pero no consigo el aire suficiente. Entonces me rindo con las palabras y luego, literalmente me lanzo a él.

Atrapa mi cintura con sus manos mientras nuestros cuerpos se aplastan entre sí. Nuestros labios se unen. Quiero tocarlo en todos lados a la vez, para confirmar que esta vez es real y no un producto de mi imaginación hiperactiva, no un recuerdo. Él está aquí. Es mío otra vez. Mi furia se ha ido.

—Imbécil —susurro cuando me deja tomar aire. Rompiste mi estúpido corazón.

Acaricia mi mejilla con sus dedos, desde la sien hasta la esquina de mi boca, suavizando mi labio inferior, que ya se siente magullado e hinchado. Pellizco su dedo y me sonríe, pero sus ojos oscuros están serios.

—Angela —dice, como si estuviera preocupado por mí—. Nada ha cambiado, lo sabes. No puedo ofrecerte nada más que esto.

—No quiero nada más que esto —digo.

Una mentira. Y sabe que lo es. Pero no me importa. Jugaré este juego si quiere decir que puedo verlo.

—Angela —dice de nuevo y me estremezco ante el sonido de mi nombre en sus labios, es como una palabra mágica o una plegaria. Interrumpo su pregunta con un beso y pateo la puerta para cerrarla detrás de nosotros.

Mi primer beso fue en una fiesta de cumpleaños de octavo grado. Típico, lo sé. Todos estábamos sentados en el piso de la sala de Ava Peters. Ya habíamos pasado por un montón de estúpidos intentos para pasar el rato, como una cosa de levitación —liviano como una pluma, rígido como una tabla— uno de nosotros fingiendo estar muerto (en este caso Ava Peters, ya que era la cumpleañera) mientras el resto la levantaba utilizando solo dos dedos. Casi alucinante, pero era algo entretenido. También hicimos unas rondas de verdad o reto, pero terminamos haciendo llamadas de broma a personas al azar, desafiando a alguien del grupo a comer comida de perro o a probarse el sujetador de la madre de Ava sobre la ropa, ya que ninguna de nuestras verdades, en esa etapa, era muy interesante. Y entonces alguien propuso—: Oye, juguemos a la botella.

Supongo que era inevitable. Hormonas.

Pensé en razones para excusarme e irme a casa porque creía que los de trece años eran patéticos. No era culpa de ellos, en realidad. Estaba desconcertada porque no sabía por qué me habían invitado a esta fiesta en primer lugar. Ava Peters, incluso entonces, era una de las chicas más populares del colegio. ¿Por qué se interesó en mí de repente? ¿Por qué puso esa rosa invitación de cartulina brillante en mi mano después de nuestra clase de inglés el día anterior? Solo podía hacer suposiciones, pero que me haya invitado hizo que mi corazón latiera con rapidez. Pensé que tal vez mi poca presencia por fin se hacía notar. Tal vez por fin iba a brillar.

Pero luego se convirtió en otra patética fiesta adolescente.

Me puse de pie. Las palabras "Me tengo que ir. Mi madre necesita que cierre el teatro esta noche" (cuando dudes, culpa a la madre extraña) estaban en la punta de mi lengua, pero cuando escuché que alguien propuso jugar a la botella, me senté de nuevo.

Besarse no era malo. Podía ser interesante.

Nos desplazamos a la aproximación de un círculo y Ava trajo una botella.

—¿Quién quiere empezar? —preguntó, con una risita nerviosa, y me ofrecí como voluntaria. Tomé la botella marrón de gaseosa entre mis dedos, la puse en el piso de madera y le dí un buen giro con fuerza. Todos sostuvimos el aliento en silencio, mientras la observamos girar y girar, como si la botella nos hubiera hipnotizado.

—Si sale una chica, la haces girar de nuevo —dijo Ava. Por supuesto, no habíamos pensado poner algunas reglas de antemano, como ¿dónde nos besaríamos? ¿En la boca, en la mejilla, o qué? ¿Por cuánto tiempo? ¿En frente de todos o a solas?

Le di a Ava mi mejor cara de *¿Ah, sí?*, la cual había estado practicando en el espejo del baño de mi casa.

—¿Qué, tienes miedo de que tenga mal aliento? —pregunté, pero ella no respondió porque la botella se detuvo.

No apuntaba a una chica. Sino a Christian Prescott.

Christian Prescott.

Christian Prescott era el chico más atractivo del colegio, no tenía competencia. Ojos muy verdes, con una mata de pelo negro ondulado que siempre rozaba aquellos ojos, sonrisa matadora, alto y delgado, pero no larguirucho y extraño como muchos de los otros chicos de nuestra clase. Perfección, eso era él.

Ni en un millón de años habría adivinado que mi primer beso iba a ser con Christian Prescott. ¿Cuáles eran las probabilidades?

—Está bien —aclaré mi garganta y me pregunté si mi cara estaba tan roja como se sentía.

Él no parecía especialmente emocionado por esta situación, pero intentó parecer tranquilo. Era amable, además de ser atractivo. Se puso de pie de un salto y me tendió la mano. La tomé y me ayudó a ponerme de pie con gentileza.

—¿En la entrada? —sugirió.

—Está bien. —Estas parecían ser las únicas palabras que era capaz de formar.

Los demás estaban paralizados y sorprendidos mientras él me dirigía hacia el pórtico. Afuera nevaba y la luz de la entrada capturaba pequeñas partículas blancas. Christian cerró la puerta con firmeza detrás de nosotros, luego se unió a mí mientras me inclinaba sobre la barandilla de la entrada para mirar la oscuridad detrás de la casa de Ava.

—Será mejor que lo hagamos rápido o no congelaremos hasta morir aquí afuera —bromeó.

Quise decir algo atrevido como: *Oh, creo que tendremos calor de sobra, confía en mí.*

—Está bien —dije. Otra vez. Deseé haber llevado mi bálsamo de labios. Tenía uno que sabía a Dr Pepper[2]. Eso habría sido agradable. Él pudo haberles dicho a todos en el colegio que yo sabía a Dr Pepper. ¿Qué les diría ahora?

Se inclinó más cerca, sus ojos verdes mostraban un poco de cautela, como si yo fuera a morderlo, pero también mostraban curiosidad. Él olía a jabón Ivory. Y su aliento olía a Doritos, ya que habíamos estado comiéndolos más temprano en la fiesta. Probablemente también olía a Doritos, pero al menos ambos lo hacíamos. Él no podría decir que sabía peor que él.

Mi cerebro luchaba para procesarlo: Christian Prescott. Justo aquí. Justo ahora. A punto de besarme.

Mi primer beso.

Intenté recordarme que yo era, de hecho, completamente digna de este chico. Él era un mero humano y yo era la hija de los ángeles. Un ser mitad divino. Una niña brillante. Christian Prescott era afortunado por tener la oportunidad de besarme.

—Cierra tus ojos —murmuró, como si no hubiera dudas de que había hecho esto de besar antes y que esa era la forma correcta de hacerlo, cerrabas tus ojos.

---

[2] Bebida carbonatada

—No me des órdenes —dije. Puse los brazos alrededor de su cuello y acerqué su cabeza hasta que sus labios estuvieron sobre los míos. Esperé que golpeara un rayo. Esperé los fuegos artificiales. Esperé la música arrebatadora en la parte de atrás de mi cabeza.

Nada.

Eso pasó. Nada.

Sus labios eran cálidos y suaves sobre los míos, gentiles pero no pasivos, y debería haber sido increíble. Debió hacer que mis dedos de los pies se retorcieran o algo. Pero no fue así. Fue como besar a mi hermano, si tuviera uno. Pero no lo tengo. Era casi asqueroso. Completamente fraternal.

Di un paso hacia atrás y él también. Sonrió como si estuviera aliviado. —Eso estuvo bien —dijo y sé que estaba siendo amable. Sabía que era mi primer beso.

Él es realmente un chico estelar. No sé por qué Clara no le da una oportunidad aún.

—Está bien —le dije. De vuelta a los *está bien*—. Entremos.

Y eso fue todo.

Después de la fiesta mi madre me preguntó si lo había pasado bien.

Me encogí de hombros.

—Las fiestas son patéticas.

Pareció estar complacida con mi respuesta. —¿Había chicos? —inquirió, incluso cuando ya sabía la respuesta; es del tipo de madre que llama con anticipación e interroga a los padres de Ava sobre sus planes para la fiesta de su hija.

—Los chicos son patéticos —dije, e hice una mueca. Luego, subí a mi habitación, me dejé caer sobre la cama y tomé mi diario.

Hoy fue mi primer beso, escribí. *No sentí nada espectacular. Tal vez algo está mal conmigo.*

Solté el bolígrafo. Besé al chico más caliente del colegio y no sentí nada.

Volví a tomar el bolígrafo.

O quizás nunca podré ser feliz con un chico normal, escribí. *Tal vez tendré que esperar a alguien extraordinario.*

Y eso es exactamente lo que hice. Esperé. Supe desde el momento en que lo conocí que él era al que estaba esperando. Era el que me haría ver estrellas cuando me besara.

Alguien extraordinario.

6

Clara

Traducido por Zöe..

Corregido por Gabbita

Me toma unos minutos liberarme de la abuela de Angela. Ella ya está en la cama cuando llego arriba, con las mantas hasta la barbilla y los ojos cerrados. Me pongo mi pijama y me dejó caer en la chirriante cama de metal enmarcado junto a ella, entonces apago la luz y espero a que diga algo. Cualquier cosa. Pero me da la espalda. Ambas nos acostamos en la oscuridad y escuchamos los sonidos de Roma, los ciclomotores sobre los adoquines, las bocinas de los coches, gente gritando, los retazos de las risas y fragmentos de italiano de la calle.

Ésta no es una ciudad que se vaya a la cama temprano.

Después de un rato, oímos a Rosa introducirse en su habitación para la noche. Angela se sienta. Se desliza fuera de la cama y se mueve hacía la puerta, sin pararse para vestirse, lo que significa que nunca se puso el pijama en primer lugar. Ella es como un ladrón mientras hace su camino por el pasillo en silencio y se cuela por las escaleras. Oigo el crujido de las escaleras. Y entonces, se ha ido.

De repente, estoy completamente despierta.

Me preguntó si hay algo que me perdí en el tren, una conversación secreta que decía: *Nos vemos más tarde, en tal lugar*, o si simplemente sabe dónde encontrarlo, o tal vez ha ido a buscarlo aleatoriamente en una ciudad de un poco menos de tres millones de personas. O supongo que es posible que no esté con él en lo absoluto, pero quiera estar sola, así yo no podría ver lo molesta que está, y no tendría que hablar conmigo al respecto. Entiendo eso. Sé que el amor puede hacer daño.

Todo lo que sé, es que ella no podía esperar para salir de aquí.

No es justo, pienso. Ángela siempre me empuja a decirle todo lo que me pasa, y si oculto algo y después se entera de ello, se pone toda ofendida

y herida y esas cosas. Pero cuando se trata de su vida, oh no, eso es personal. No hay secretos en el Club del Ángel, siempre solía decir. Como sea. Así que sí, como su mejor amiga oficial, estoy ofendida.

Pero luego está la parte donde yo no le digo cosas, tampoco.

Dos horas pasan. Tres. Son las dos de la mañana, y todavía nada de Angela. Me levantó, me sirvo un vaso de agua, tomó por los menos dos sorbos y lo vuelco, me pongo de pie y miró por la ventana hacía la calle vacía. La ciudad está más tranquila ahora. Una corriente de aire frío se desplaza a través de mis pies descalzos y me estremezco. Me digo que Angela es dura. Sabe cómo cuidar de sí misma. Ha estado viniendo aquí cada verano durante toda su vida, sin ningún incidente. Probablemente esté bien. Me obligo a acostarme de nuevo, pero el sueño no viene. Sigo volviendo a ese recuerdo de ella que capté antes, un momento antes de ser besada. La anticipación de sus labios sobre los de ella. El espacio cargado entre ellos. El intercambio de aire. La mirada en los ojos de él cuando decidió lanzar la precaución al aire y besarla.

Lo que ella quería más que nada.

Alguien me miró de esa manera una vez.

Tucker.

Cierro los ojos. Es tan fácil evocar la forma en que sus manos se sentían ahuecando mi cara. Me besó tantas veces, más de las que podía contar, pero cada vez era como una maravillosa sorpresa. Él siempre tenía esa expresión de quiero-besarte en sus ojos, justo antes de acercarme. Mi garganta duele cuando recuerdo la dolorosa alegría de esos pocos segundos antes de que sus labios tocaran los míos. El alborotado latido de mi corazón. Su olor, una mezcla de césped y sudor, un toque de pescado y agua de río de nuestras tardes en el lago, a lo mejor limón que había cortado para poner en alguna trucha para la cena, y todo eso huele como él mismo, hombre-y-sol-y-colonia. Su completa calidez, su piel, sus brumosos ojos azules, el hoyuelo en su mejilla.

Abro los ojos.

Esto no es saludable, pienso. Esto no es bueno. Se ha acabado. Tengo que superar esto.

Superarlo a él.

¿Por qué es tan malditamente difícil?

Extraño a mamá. De repente, extrañarla me golpea como una ola sin fin. Trato de no pensar en ello, pero su ausencia está siempre aquí, como si estuviera caminando con un enorme agujero abierto en mi pecho donde solía estar mi madre. Desearía poder llamarla. Ella sabría qué hacer, qué decir para que todo esté bien de nuevo. Siempre lo hacía. Siempre decía

algo ingenioso y verdadero, me preparaba una taza de té, me abrazaba, me alisaba el pelo suelto y me decía algo que me hacía reír.

Ella nunca va a hacer eso, nunca más.

Señal del enorme, viejo y solitario bulto en mi garganta.

Cuando abro los ojos de nuevo, es de mañana, y Angela todavía no está aquí. Me visto y paso algunos minutos dando vueltas por la habitación tratando de idear algún tipo de plan. Tal vez pueda escurrirme y buscarla —no es como si tuviera alguna de idea de dónde buscar— antes de que nadie sepa que se ha ido.

Pero no tengo tanta suerte saliendo a hurtadillas. Rosa ya está en la cocina, y para hacer las cosas infinitamente peores, la mocosa prima de Angela, Bella, está sentada en la mesa de la cocina. Ambas se vuelven a mirarme cuando bajo las escaleras.

—¿Demasiado vino anoche? —Bella me mira de arriba abajo—. Estas chicas americanas nunca saben cómo beber vino —dice en italiano.

Rosa me mira con una expresión triste que me recuerda totalmente a la madre de Angela. No sé si está triste por la forma en que me veo o por la idea de que no puedo aguantar el vino.

—No pude dormir —digo como explicación—. Pensé que podría dar un paseo esta mañana, despejar mi cabeza.

Fluido, Clara. Sí, consigue un poco de ese superfresco aire romano.

—¿Dónde está Angela? —pregunta Rosa cuando llego a la puerta.

Soy una terrible mentirosa. Voy a salir con algo brillante como *Está durmiendo* y lo que esta astuta anciana verá en mi cara es *No vino a casa anoche,* y entonces todo el infierno va a desatarse.

Tengo la boca seca de repente. Suelto el pomo de la puerta, comienzo a darme la vuelta. —Um —digo, a punto de soltarlo, pero estoy salvada, porque justo en ese momento Angela entra por la puerta.

—Buenos días, Nonna —dice con un chirrido, yendo directamente a su abuela y besándola en la mejilla—. Salí a dar un paseo y pensé que de vuelta podría traer algunos albaricoques de la frutería de la esquina. —Le alcanza una pequeña bolsa de papel marrón. Rosa la toma y vacía la fruta en un cuenco sobre la mesa, transmitiendo que Angela es tan considerada.

—*Grazie*, dulce niña —dice.

—Nunca pensé que a las americanas les gustara caminar tanto —husmea Bella, pero alcanza y toma un albaricoque. Lo muerde ruidosamente.

Angela se atreve a mirarme a los ojos por un breve instante. Me pregunto si alguien más se da cuenta de que todavía lleva la misma ropa de anoche.

—Hermosa mañana, ¿no es así? —dice, y su sonrisa está llena de secretos.

7

Ángela

Traducido por Francisca Abdo Arias

Corregido por Aimetz14

Me despierto en sus brazos, un rayo de sol de la mañana cortando a través de nosotros en su cama enmarañada en uso. *Vaya*, pienso. *Eso fue… increíble*. Merece la pena totalmente.

Por un minuto sigo inmóvil, saboreando la sensación de su cuerpo contra el mío, el pelo de sus piernas un delicioso contrapunto a mi piel suave, su respiración en mi cabello, el latido constante de su corazón bajo mi mejilla. Levanto mi cabeza para mirarlo. Está despierto… es una persona mañanera, uno de sus muchos defectos. Sus ojos son cálidos mientras mira hacia mí.

—Madrugada —digo, mi voz ronca por el sueño.

—Sí —dice, una afirmación, *Sí, es de madrugada.* Aparta un mechón húmedo que se quedó a un lado de mi cabeza. Me pregunto si estaba babeando sobre él.

Sus dedos trazan el contorno de mi oreja.

—Estabas gimiendo —dice—. ¿Sobre qué estabas soñando?

Soñaba sobre mi visión. El tipo en el traje gris. Las escaleras. En el sueño yo subía las escaleras y me quedaba detrás de él, esperando, temerosa de hacer lo que debía hacer. Se suponía que lo tocaba en el hombro, creo, y entonces se voltearía (¡así podría finalmente ver su rostro!) y entregaría mi mensaje. Pero no lo hago. En el sueño, mi mano se levanta, ronda cerca de su hombro por algunos segundos, luego cae.

No conozco las palabras, pensé. No estoy lista. No estoy preparada.

Pánico se apoderaba de mí. Di un paso atrás, luego otro, y otro, luego me giraba y huía por las escaleras, dejando al tipo en el traje gris atrás. La luz del sol se oscurece en una tormenta. Corría y el cielo se abría, derramando lluvia sobre mí, dándome escalofríos, remojándome la piel.

Me acobardé. Fallé en mi designio. Tuve la sensación de perder todo, todas las esperanzas, todos los sueños.

Tiemblo. —Nada —digo.

Una mentira.

Levanta las cejas un poquito.

—Era un sueño de ansiedad por el desempeño —explico—, como mi equivalente de uno de esos sueños de mostrarse-desnudo-a-la-clase. —Doy un vistazo al reloj de la mesita de noche. Son casi las siete. Me incorporo, arrastrando la sábana mí alrededor—. Me tengo que ir. Mi abuela es madrugadora.

—Muy bien, solo ámame y déjame —dice con tristeza actuada, cruzando sus brazos detrás de su cabeza y mirando cómo voy a recoger mi ropa.

No, eso es lo que tú vas a hacer, quiero decir, pero no lo hago. Se supone que esto será casual entre nosotros.

Se supone que no tengo que amarlo.

—Lo siento, bebé —digo mientras me deslizo en mis zapatos—. Tengo que correr.

Sonríe ante la palabra bebé, tan americano, luego se desliza fuera de la cama y empieza a vestirse deprisa. —Deseo que pudieras quedarte para el desayuno —dice—. Estoy haciéndolo mejor al preparar huevos.

—Anotado —digo—. Voy a tener que pensar rápido para explicarle las cosas a Nonna, como están las cosas.

—¿Clara te delatará? —pregunta

Esto me detiene. No hemos hablado acerca de Clara, no esta vez. Supongo que le conté lo necesario acerca de ella el año pasado para que estuviera en condiciones de reconocerla en el tren. Ella enloquecería si supiera cuánto le conté a él, todo acerca de ella y Jeffrey y su perfecta madre Dimidius[3], aunque sabía casi nada sobre la situación real el año pasado. No sabía acerca de Christian. O el Sr. Phibbs y Billy y la congregación. O sobre Michael.

—No —digo para contestar la pregunta—. Ella me cubrirá. Es del tipo leal.

—Me gustaría conocerla —dice suavemente, como si supiera que me molesta—. ¿Por qué ustedes dos no vienen a cenar esta tarde? Prepararé algo bueno para nosotros.

[3] Mitad ángel, mitad humano

Mi estómago se aprieta ante el pensamiento de Clara aquí, en su departamento, sus amplios ojos azules registrándolo todo, hablando con él.

Ella es más bonita que yo.

Una idea completamente estúpida de tener, me doy cuenta. No soy una chica común y corriente. Sé eso. No tengo problema consiguiendo la atención de un chico si quiero. Pero mi mente salta inmediatamente a la clase de historia británica, tercer año, Clara y yo paradas al frente de la clase, Clara en su traje de la reina Elizabeth para nuestro proyecto de clase. Christian Prescott en la primera fila. La manera en que la miró como si fuera la criatura más hermosa que había visto en su vida

O Tucker en el baile de ese mismo año, mirando con nostalgia en la habitación a Clara mientras estaba de pie junto a Christian sorbiendo delicadamente su ponche. Bien podría haber sido invisible a su lado.

Ellos hablaron acerca de mí, esa noche. Christian dijo—: ¿Eres amiga de Angela? Ella es un poco intensa.

Intensa. Esa es la palabra para mí. No hermosa. Intensa.

Hay algo en Clara que atrae a los chicos como un imán, tiene algo que ver con su vulnerabilidad, creo. La cosa de los sentimientos-a-flor-de-piel. Les hace querer protegerla. Los chicos siempre quieren ser su caballero de brillante armadura.

Es un poco patético.

—Claro —digo ahora, a la ligera, como si no importara nada—. La invitaré. —Abotono mi camisa, y luego tiro mi cabello de mi cuello y le doy una pequeña sacudida por lo que cae sobre mis hombros, giro, y lo miro a los ojos. Empieza a tirar de una camiseta por encima de su cabeza, esas blancas normales que lleva, sexy como el infierno, pero pongo mi mano sobre su brazo para detenerlo. Me inclino para susurrarle al oído—: Pero prefiero estar sola contigo.

La verdad.

8

Clara

Traducido por America Sardothien

Corregido por Zafiro

—Él quiere conocerte —dice Angela más tarde, cuando estamos solas. Ninguna explicación, nada, solo "él quiere conocerte" con la voz dramática.

—¿Quién? —digo sarcásticamente y cuando no responde—. ¿Ni si quiera me dirás su nombre?

—No. —Está decidida a ser misteriosa sobre todo el asunto, pero tomaré lo que pueda conseguir. Soy así de curiosa.

—Está bien —digo—. Preséntame al Chico Misterioso.

Salimos cerca de la puesta de sol y tomamos el metro hasta la Escalinata Española. Angela sigue pasándose las manos por el cabello, volviéndose a aplicar lápiz labial. En la puerta de su apartamento, se gira hacia mí y pone su cara de esto-es-serio. —Trata de tener una mente abierta. —dice.

Toca la puerta. Alguien dentro baja la música, alguna clase de lento y triste blues. Pasos. Luego la puerta se abre y ahí está él otra vez, el chico del tren, sonriendo ampliamente.

—*Buongiorno* —dice. Se inclina como si fuera a darle a Angela un rápido beso en la boca, del tipo que un hombre le daría a su esposa antes de irse a la oficina, pero ella gira en el último momento por lo que su beso rebota en su mejilla. Ella murmura algo que no entendí. Él me mira. —Hola, pasen.

Lo seguimos dentro del apartamento. Es un lugar pequeño, pero acogedor y bien decorado. Enseguida es obvio que es una especie de artista o un coleccionista de arte. Hay pinturas por todas partes, mayormente de un tipo de impresionismo, creo, no sé mucho de arte.

Un artista, pienso. Que perfecto que Angela se enamorara de un artista.

Nos guía hasta la sala de estar y a un sofá de terciopelo verde.

—Tomen asiento —dice y nos sentamos.

Decido que me recuerda a Orlando Bloom, esbelto y con mirada conmovedora, unos relativamente ordenados mechones de oscuro y ondulado cabello, rostro de huesos finos con distintivas arrugas alrededor de sus ojos cuando sonríe. Es mayor de lo que pensé al principio, tal vez treinta. Me pregunto si a eso se refería Angela con mantener una mente abierta.

Un incómodo minuto pasa, en donde todos básicamente nos miramos unos a otros. Luego Angela fuerza su mirada lejos de él, me mira y aclara su garganta. —Entonces. Eh. Esta es Clara Gardner.

—Es bueno conocerte finalmente —dice cálidamente—. Angela me ha contado mucho sobre ti.

Eso hace uno de nosotros, creo. No tiene acento italiano, lo que me sorprende. Hay algo extranjero en ello, suaves *eres* como si fuera británico, quizás levemente de Medio Oriente pero definitivamente no italiano.

—Clara —dice entonces Angela, un temblor nervioso en su voz—. Conoce a Phen.

Espera.

Conozco ese nombre.

Miro de él hacia Angela. —Lo siento. ¿Dijiste…?.

—Phen —dice él, más alto, como si yo tuviera problemas de audición—. En realidad es Penamue, pero voy por Phen. Con mis amigos, de todos modos.

Bien. Phen. Al igual que, el chico que Angela conoció dos años atrás, quien le dijo sobre el ángel de sangre.

Ese Phen.

Angela está enamorada de un ángel.

9

Angela

Traducido por Mel Markham

Corregido por Alaska Young

Lo conocí por primera vez en la iglesia. Tenía una cosa por las iglesias en ese entonces; supongo que todavía la tengo. Son tan tranquilas la mayor parte del tiempo, una tranquilidad que es diferente a cualquier otro lugar, fresco, pacífico y contemplativo en su propia naturaleza. No soy religiosa, no en la forma en que mi madre lo es, pero me gustan las iglesias. Voy allí a relajarme, a calmar las voces internas de mi vida diaria, a pensar.

Esta iglesia se encontraba en una pequeña esquina de Milán, San Bernardino alle Ossa. Fui allí porque escuché que había una habitación decorada con huesos humanos, y encontré esto horrible y fascinante. Tenía dieciséis ese verano, y estuve recorriendo Italia en mi propio espeluznático[4] tour privado, haciendo una parada para visitar todas las iglesias que albergaban los restos de los santos, cuyos cuerpos se dice que permanecen principalmente frescos y flexibles después de cientos de años de haber muerto —*incorruptible*, es el término— así de buenos eran. Era morboso pero divertido, visitar a estas monjas en cajas de vidrio luciendo iguales, vestidas de blanco, con las manos juntas en oración, durmiendo eternamente, como Blancanieves esperando el beso del príncipe.

Una habitación llena de huesos era demasiado buena como para dejarla pasar.

La habitación estaba en el lateral de la iglesia. Había una cruz en la pared interior hecha de cráneos humanos; de hecho, las paredes se hallaban casi enteramente cubiertas con huesos, cientos y cientos de cráneos, costillas y pequeños trozos que no podía identificar. Mi madre

[4]Espeluznático en el original creeptastic, formado por la palabra creepy (espeluznante) y fantastic (fantástico).

habría tenido un ataque al corazón si estuviera aquí. Me dio un escalofrío horroroso al mirar todo ese arte macabro, pero también como que me dio asco. Era diferente a los cuerpos de los santos, tan cuidadosamente dispuestos para que la gente pudiera venir y estar cerca de una persona santa, incluso en la muerte. Esto parecía como un recordatorio —todos morimos, y no es tan lindo— y miré de un cráneo al otro pensando que alguna vez tuvieron un rostro. Una vida. Que eran personas que comían, bebían y se quejaban por el clima e intentaban obtener lo mejor que podían. Ahora en la pared de la iglesia, miraban boquiabiertos a una mórbida turista americana.

Justo entonces decidí que no es educado mirar maliciosamente a los muertos. Me volví para irme.

Ahí fue cuando lo vi.

Se encontraba de pie al frente de la iglesia, directamente debajo de la cúpula, mirando fijamente el fresco en el techo, ángeles, cielo y gente siendo llevada al paraíso, supuse. Parecía concentrado en una esquina en particular del freso, un ángel en un túnica rosada, la que hace unos cientos de años podría haber sido roja, con gris, las alas extendidas. No lucía como si estuviera obteniendo nada espiritual en la iglesia, no rezaba ni recibía ningún tipo de inspiración divina. De hecho —el chico, no el ángel— estaba casi frunciendo el ceño. Murmurando algo para sí mismo.

Luego noté que medio brillaba, una débil, casi imperceptible luz parpadeando de él.

Lo supe, en ese instante, que él era uno de ellos.

Un ángel.

Por supuesto que tenía que presentarme. Nunca había conocido un ángel antes, no un ángel real que existiera fuera de las palabras de mis libros, las historias que me contó mi madre. Me alisé el cabello —también porque este chico era increíblemente atractivo, tal vez el hombre más ridículamente guapo que había visto nunca— y apliqué una capa de brillo en mis labios. Miré a mi alrededor, vi que éramos los únicos en el santuario, y luego enderecé mis hombros, caminé hacia él y dije—: Hola.

No en inglés, como se vio después.

En Angélico.

Nunca había hablado Angélico en voz alta antes de ese momento, y me sorprendió tanto como a él; la forma en que la palabra sonó, como dos notas de música tocadas simultáneamente, como un sentimiento en lugar de una palabra.

Hola.

Su mirada saltó desde el fresco en el techo y cayó, al rojo vivo, en mí. Asombrado. Luego acusatorio. Entonces, curioso.

Me sentía igual. Porque él y el ángel en el fresco tenían el mismo rostro.

Nos miramos fijamente como por dos minutos.

—¿Qué has dicho? —preguntó en un lento italiano, cuidadoso, como si hubiera oído mal, aunque no había manera posible que lo que dije sonara como nada más que lo que era.

—Dije hola —respondí en inglés.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó.

—Vine a ver los huesos —respondí—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Vine a hablar con Dios.

Arqueé una ceja y crucé mis brazos sobre mi pecho. —Ya veo. ¿Y qué te ha dicho Él?

Antes de que pudiera responder, la puerta de la iglesia chilló abriéndose sobre sus goznes oxidados y una vieja y encorvada dama italiana con un vestido negro entró cojeando. Nos miró con desconfianza, como dos jóvenes que no tenían nada mejor que hacer que hablar en la iglesia.

Le sonreí al ángel. La esquina de su boca se retorció como si también quisiera sonreír, pero en su lugar lucía severo. Cruzó el santuario en tres rápidos pasos y me agarró el brazo, su toque ligeramente frío contra mi piel ruborizada.

—Ven conmigo —dijo, y me llevó hacia un costado, de nuevo hacia la habitación de los huesos, donde la anciana no pudiera vernos.

Abrí mi boca para decirle que él podría ser un ángel pero yo era americana y ordenarme no iba a servir, pero puso un dedo en mis labios, lo que me sorprendió.

—Ven conmigo —dijo de nuevo suavemente.

Al instante me dio una extraña sensación de mareo en la boca de mi estómago y mis piernas se tambalearon, como si acabara de bajar de una montaña rusa. Algo había cambiado, oscurecido e iluminado al mismo tiempo. Me sacó de nuevo de la habitación de los huesos, hacia la parte principal de la basílica, y la anciana se había ido. Tomé una buena mirada de él y me volví a quedar sin aliento.

Estaba todo de blanco y negro, su cabello negro azabache, su piel blanca como el hielo, y todavía brillando ligeramente, aún siendo difícil de ver, era tan hermoso. Todo a nuestro alrededor era blanco y negro, hecho de sombras y contrastes.

Dejó ir mi brazo. —Podemos hablar aquí. En privado.

—¿Qué hiciste? —pregunté, un escalofrío haciendo su camino por mi columna, pero me negué a dejarlo ver que me asustaba.

—No es seguro revelarte en la forma en que lo hiciste —dijo, regañándome—. Fue una tontería.

—¿Por qué? —Quise saber. Mi voz sonaba débil en este lugar, insustancial.

—¿Y si yo hubiera sido uno de los caídos?

—¿Entonces es verdad? ¿Hay ángeles buenos y ángeles malos? —Sabía la respuesta a esto, por supuesto. Mi padre biológico definitivamente no era un ángel bueno. Pero quería oírle definirlo por sí mismo.

—Sí. Los tristes y los alegres —dijo él.

—¿Y a cuáles perteneces tú? —bromeé, pero esperaba ya saber la respuesta. Los ángeles malos no vendrían a la iglesia a hablar con Dios.

Se encogió de hombros, un gesto totalmente humano. —Ninguno de ellos. Soy ambivalente.

Sonaba como una broma. —Sí, bueno, yo misma he tenido problemas con la ambivalencia —dije.

Él se rió. —¿Cuál es tu nombre?

—Angela.

—Te queda —dijo él.

—¿Cuál es el tuyo?

—Penamue. Pero puedes llamarme Phen.

—Phen —repetí, saboreando el sonido de su nombre en mi boca. Un nombre de ángel—. ¿Dónde estamos, Phen? ¿A dónde me has llevado?

—Al mismo lugar en donde estábamos —respondió—. Pero en una dimensión diferente.

Mi piel picaba con entusiasmo por cuán genial era eso, viajando a otra dimensión con un ángel pura sangre. Nada de esto me hubiera pasado, no en el pequeño pueblo de Wyoming, donde mi madre me había escondido la mayor parte de mi vida.

Era el comienzo de algo, pensé.

Era el comienzo.

10

Clara

Traducido por JoyceLovesTL

Corregido por CrisCras

Pensarías que estoy acostumbrada a las sorpresas por ahora. Mi vida es una serie de anuncios como, *¿Adivina qué, Clara? Eres parte ángel. Adivina que, Ese chico que tu creías que se suponía tenías que salvar, bueno, él es mitad ángel, también. ¡Sorpresa! Los ángeles de sangre solo viven durante ciento veinte años, lo que significa que tu madre morirá cualquier día de estos. ¡Ding Dong! Adivina quién está en la puerta. Tu padre, que es un arcángel, lo que, por cierto, te convierte en una Triplare, tres cuartos de ángel, en vez del miserable cuarto que creías que eras.* Y cada una de estas veces básicamente tengo que reevaluar mi vida entera. Pensarías que nada podría sorprenderme hoy en día.

Pero otra vez, estoy abrumada.

Un zumbido sale de la cocina. Phen se disculpa y se escabulle. Me vuelvo hacia Angela.

—¡Ange! —exclamo suavemente para que Phen no me oiga enloqueciendo por todo el lugar.

—Quería decírtelo, pero es complicado —dice ella.

—¿Cómo de complicado es decir, *"Oye, para tu información, este chico que me gusta en realidad es un ángel"*?

—No sabía que lo iba a ver este año.

—¿Y tú estás como… —Bajo la voz aún más— pasando la noche con él?

—No es así —dice, pero claramente lo es. Se mantiene mirando algo en la esquina de la habitación. Me vuelvo a ver lo que es: una pila de pinturas apoyadas contra la pared.

Me levanto.

—No… —dice Angela, pero ya estoy ojeando los lienzos, hasta que alcanzo uno de Angela, tumbada a través del sofá de terciopelo verde, medio cubierta con una sábana y nada más, el sol cayendo a través de su cabello de una forma que lo hace azul brillante. Es una pintura hermosa, pero eso no viene al caso.

—Linda sábana. —Es todo lo que puedo sacar.

Su mandíbula se tensa. —Posé para él algunas veces. Pero más que todo salimos. Caminamos alrededor de la ciudad. Hablamos.

—¿Hablaron? ¿Acerca de qué?

—Cosas de ángeles, por supuesto, pero también hablamos de música, libros que hemos leído y arte. Poesía. Él sabe de todo.

—Claro, porque es un ángel.

—Sí —dice con un borde defensivo en su voz—. Es un ángel ¿Y qué?

—Soy un ángel hambriento. —Aparece él en la entrada—. La cena está servida, damas.

Esto puede ser incómodo.

—Pensé que se podrían estar cansadas de la comida italiana —dice mientras nos sentamos alrededor de una pequeña mesa plegada en la parte trasera de la cocina. La comida huele de maravilla; curry y cordero, algo hindú. Phen vierte tres copas de vino blanco. Escarbo enseguida, porque me da algo que hacer además de hablar. Necesito algo de tiempo para dejar que esta revelación se establezca en mi cerebro.

—Así que, Clara —dice Phen después de un rato—. Cuéntame acerca de ti.

Tomo un sorbo de vino, el cual sé que debería saber bien pero en su lugar sabe agrio y extraño. —Yo, eh… —Me pregunto cuánto le ha dicho Angela acerca de mí—. Bueno, me gradué recientemente de la secundaria. Me voy a Stanford en otoño.

—Con Angela. Son una pareja de genias, ustedes dos —dice—. ¿Qué planeas estudiar?

—No tengo un plan, exactamente. Estoy esperando probar un montón de cosas y encontrar algo que me guste.

—¿Tienes algún pasatiempo? ¿Talento? —pregunta.

De repente me siento como si estuviera en una entrevista de trabajo.

—Uh… —No sé qué decir. Solía ser bailarina de ballet, pero eso se siente como hace un millón de años. No me gustan los deportes como a Jeffrey, o la poesía como a Angela, o la música como a Christian. ¿Pescar, tal vez? Me gusta pescar. Pero la pesca era todo acerca de Tucker.

Senderismo, paseos en bote, descenso en ríos. No puedo separar ninguna de esas cosas de Tucker.

Necesito un pasatiempo.

—Clara es una empática —ofrece Angela por mí.

Casi me ahogo con mi bocado de carne.

—Interesante —dice Phen mientras yo toso como loca. Finalmente mis pulmones se calman un poco. Tomo un trago de vino y deseo que fuese agua.

—¿Cuál es tu historia, Phen? Angela no me ha dicho realmente mucho sobre ti —digo ansiosa por cambiar de tema—. ¿Eres intocable?

—Sí, creo que hemos establecido eso —dice irónicamente

—¿Y qué haces?

—¿Estás preguntando si revoloteo de nube en nube, cantando en un coro celestial?

Tomo un bocado, mastico por un minuto y me encojo de hombros. —Supongo que no sé lo que hacen los ángeles realmente.

Toma un largo sorbo de su vino. —Eres directa —dice—. Me gusta eso.

Sonrío y espero que responda mi pregunta.

—Hacemos cosas de ángeles —dice después de un minuto—. Los simples mortales no lo entenderían.

—Cosas de ángeles, ¿Cómo ayudar a las almas de los muertos encontrar su camino al cielo o al infierno? —Echo un vistazo a Angela, que me devuelve una mirada de advertencia. Ha estado muy callada todo este tiempo. Por una vez soy la que hace todas las preguntas.

—Sí, algunos ángeles manejan las almas de los muertos —dice.

Recuerdo a mi madre diciéndome una vez que más de cien personas en este planeta mueren cada minuto. Esos son muchos ángeles. —¿Así que eso es lo que haces? ¿Cuidar de los muertos y guiarlos hacia la luz, ese tipo de cosas?

—No —dice él—. No es que haya nada malo con eso. Soy lo que llamarías una musa.

Angela parece sorprendida. —¿Una musa?

—Inspiro a las personas —dice como si fuera algo común que la gente hace como vocación: Inspirador profesional.

—Nunca me dijiste eso —dice ella—. ¿Alguna vez me has inspirado?

Levanta las cejas, ríe cuando ella jadea.

—Pensé que yo era *tu* musa —dice con un atisbo de decepción—. ¿Puedes poner una idea directamente en mi cabeza?

—Te puedo dar una imagen, una línea de música, una palabra, cualquier cosa que quiera. Pero la mayor parte del tiempo, no tengo que hacerlo. Simplemente te proporciono un breve momento de lucidez. Tú llenas el resto.

—Eso es asombroso —dice ella, y casi puedo verla ir mentalmente a las cosas que ha hecho en torno a él, los poemas que ha escrito o la música que ha tocado en su violín para él, tratando de entender cómo podría haberla inspirado.

—Sí —estuve de acuerdo, aunque sólo para ser agradable—. Lo es. Muy interesante. —Aunque verdaderamente, la idea de un ángel capaz de plantar ideas en mi mente sin que yo lo sepa no me suena bien. ¿Quién sabe qué más puede plantar allí? Es un poco como *La invasión de los ladrones de cuerpos*[5], en mi opinión. Hago una nota silenciosa para mantener arriba mi barrera mental a su alrededor, de la manera que mi mamá me enseñó, así no podrá leer mi mente o poner cosas en ella.

—Es un pequeño don, comparado con lo que otros pueden hacer —dice modestamente, pero puedo decir que está halagado. Supongo que no obtiene crédito muy a menudo por lo que hace. Y no creo ni por un segundo que ser una musa es todo lo que puede hacer.

—Entonces, danos un ejemplo —dice Angela—. Algo que inspiraste.

—Oh, no sé. "Érase una vez" —dice él—. Se me ocurrió eso.

Los ojos de Angela se ensanchan. —¿Se te ocurrió la frase "érase una vez"?

—Fue hace mucho tiempo. —Come un bocado de su comida mientras lo miramos—. Los humanos son brillantes en su propio juicio y me he dado cuenta que aprenden rápido.

—¿Así que eres un profesor? Oficialmente, quiero decir —pregunta con su voz un poco más aguda de lo normal, tal vez porque quiere que él le enseñe más "oficialmente".

—Fue mi deber, *en otro tiempo*, enseñar a los humanos —dice.

—¿Qué les enseñaste? —pregunto.

—Cómo escribir. Algunos han argumentado que era algo malo darles las palabras escritas. —Sonríe—. Conduce a todo tipo de problemas. Pero es mi trabajo.

Tengo un destello repentino de este chico tachando el abecedario en la pared de una cueva para un grupo de neandertales asombrados. Luego

[5] Película estadounidense de 1956 dirigida por Don Siegel y basada en la novela de Jack Finney, The Body Snatchers.

se me ocurre, Él es un ángel, pero no desprende una vibra angelical, ni tristeza, ni alegría, lo que significa que no sé de qué lado está.

Lo que significa que no puedo confiar en él.

Una vez más tengo el presentimiento de que algo malo está por pasar, esa sensación de alguien bailando sobre mi tumba.

—Así que eras como un Watcher —digo lentamente, tratando de mantener mi voz casual.

Sus ojos destellan por la palabra.

—Clara —murmura Angela—. Suficiente con lo de la Inquisición Española.

Encuentro los oscuros ojos de Phen, sostengo su mirada.

—¿Qué sabes de los Watchers? —pregunta.

—He leído *El Libro de Enoch*.

Suspira. —Impreciso.

—Bueno, aclara las cosas. Estuviste allí, ¿cierto?

Silencio. Me pregunto si he ido muy lejos, si he molestado tontamente a alguien que va a resultar ser un Alas Negras y a aplastarme como a una uva.

—Originalmente no era algo malo ser un Watcher —dice—. El término significa que fuimos enviados para vigilar a los humanos, enseñarles. Algunos de nosotros hicimos más que vigilar, obviamente. —Aparta la mirada—. Algunos de nosotros nos enamoramos de ellos.

Angela me dispara una mirada que derretiría acero. La ignoro. —Así que no eres malvado, ¿es eso lo que estás diciendo?

Encuentra mi mirada otra vez. —Soy ambivalente. Me rehúso a pelear en cualquiera de los bandos.

—Eres neutral —empieza a decir Angela—. Como Suiza.

—Sí. —Se vuelve hacia ella con una expresión divertida y le da unas palmaditas en la rodilla afectuosamente—. Exactamente, como Suiza.

—Fuiste grosera con él —me dice Angela cuando estamos de vuelta en la habitación de invitados en la casa de Rosa. Frunce el ceño en el espejo, se quita su collar y comienza a cepillarse el cabello.

—Sólo le hice algunas preguntas, Ange. Relájate.

—Lo interrogaste.

—No lo conozco.

—¿Si? Bueno, yo sí. Lo he conocido por años. No es malvado, Clara. Sé que hay mucha mierda acerca de él por ser ambivalente, pero eso sólo significa que no quiere pelear. Está por encima de eso.

Me siento en la cama y pateo mis zapatos. —Correcto, por encima. —No entiendo cómo puede estar bien con esto cuando ella es tan dedicada a su deber, su designio, sus brillantes alas blancas que significan que es tan pura de corazón, tan comprometida con el lado bueno. ¿Por qué no mantendría a Phen en el mismo estándar?

—Es un buen chico —dice, agarrando un montón de cabello y empezando a trenzarlo.

—Él no es un chico en absoluto.

—Mira, no necesito que me protejas, Clara —dice—. Lo conocí en una iglesia, ¿recuerdas? ¿Tierra sagrada y todo eso? Si fuese malvado, no hubiese podido ir allí, ¿cierto?

—Está bien —admito de mala gana.

—Así que dejémoslo, no quiero pelear. —Termina de trenzar un lado y comienza con el otro. Voy al lavabo para lavar mi cara. Me estoy cepillando los dientes cuando ella aparece en el espejo detrás de mí.

—Pensé que te gustaría —dice, y no tengo que ser una empática para saber que está decepcionada con mi reacción. Le gusta Phen. Más que gustarle. Quiere que me guste también. Quiere que vea lo que ella ve en él.

Me inclino y escupo dentro del lavabo. —No dije que no me gustara, dije que no lo conozco.

—Bueno, conócelo. Ven con nosotros mañana. Vamos a ir al Vaticano. Aprovechemos la cosa turística. Como dijiste.

Encuentra mis ojos en el espejo, esperanzada.

Soy una sensible. Eso, y que realmente quiero ver la Basílica de San Pedro. —Está bien.

—¿En serio? ¿Vendrás con nosotros?

—¿Qué, quieres que jure con el meñique?

—Te gustará —dijo ella—. Ya verás.

—Está bien. Oye, espera. —La tomo por los hombros antes de que se escabulla de la habitación—. ¿No le habrás dicho acerca de mí, o sí? Acerca de mi siendo un… una *persona T*. ¿Acerca de mi papá?

—No —dice, frunciendo el ceño—. No hemos hablado mucho de esas cosas esta vez.

—Bueno, no lo hagas. Sé que confías en él, pero son mis cosas privadas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dice con un desdeñoso movimiento de cabeza.

—Prométemelo. —La miro a los ojos

Sonríe. —Qué, ¿quieres que jure con el meñique?

—Sí. —Extiendo mi mano, el meñique levantado. Ella sonríe y engancha mi dedo con el suyo. Los agitamos.

—Hablo en serio —digo.

—En serio, no se lo diré. —Presiona una mano sobre su corazón—. Tu secreto está a salvo conmigo.

11

Angela

Traducido por Aymar17

Corregido por NnancyC

Ese primer verano, Phen me siguió a Roma. Fijó un lugar y hora para reunirnos, siempre el mismo —una pequeña cafetería a corta distancia de la casa de mi abuela, a las nueve en punto de la mañana los martes y viernes— y cuando el sol comenzaba a hundirse en el horizonte, me traería de vuelta de la cafetería y diría: "Gracias por el día encantador, Angela. Hasta la próxima vez". De esa manera lo mantuvo, al principio. Cuidadoso. Cortés. Temporalmente llegamos a un acuerdo donde él, el viejo ángel centenario, me instruiría, a la pequeña inocente colegiala ángel de sangre.

Hicimos un montón de paseos. Al principio estaba inseguro de hablarme sobre los ángeles y la guerra entre ellos, pero me dejó entrar en las maneras de contar lo bueno de lo malo. La verdad es que pensaba que el color de las alas era una cosa un poco cliché —blanco para el bien, negro para el mal; definitivamente no es políticamente correcto— pero no se trataba del color, dijo. Se trataba de la luz. El negro es la ausencia de la luz. El blanco es la acumulación de la misma.

Me mostró una Roma secreta, una que no había visto nunca en todos mis viajes y siendo arrastrada alrededor por mis parientes. La Roma de Phen era diferente: una Roma nacida fuera de su perfecta memoria, de la manera que un abuelo podría mostrarte su ciudad natal. Cada lugar era una historia y las historias de Phen se extendían de vuelta a los días donde esta extensa y magnífica ciudad había sido un par de chozas de paja primitivas. En el Coliseo, me contó de un valiente hombre que conoció, un hombre que nunca aparecería en los libros de historia. Señaló el sitio exacto donde el hombre murió. Me mostró una casa donde la mujer más poderosa de Roma había vivido en el año 1636. Me contó que lo invitó a entrar y audazmente trató de seducirlo, e intenté actuar como si la

imagen de esta italiana engalanada con joyas conduciendo sus putillas manos encima de él no me molestara.

Pero me molestó.

Porque no había nada de abuelo en Phen. La mayoría del tiempo olvidaba su edad o la ausencia de esta. Sabía que él había estado alrededor desde antes que el hombre hubiera dado sus primeros pasos en este planeta, pero en Roma pasaba fácilmente por un hombre italiano común y corriente en sus casi veinticinco años. Él vestía las ropas correctas. Usaba la jerga correcta. No era como esos vampiros que ves en la televisión quienes son claramente hombres viejos atrapados en cuerpos jóvenes, con la forma en que hablaban como si aún estuvieran en la época victoriana, los labios curvándose con disgusto ante la idea de modernas frivolidades tales como la electricidad y los motores a gasolina. Phen era parte del mundo; él lo abrazaba. Él lo amaba.

Hizo fácil olvidar, a veces, que era el chico más extraordinario que alguna vez había conocido. Mi corazón saltaba cada vez que me tocaba, incluso el más inocente y casual de los roces: su brazo golpeando el mío mientras caminábamos juntos, su mano en mi espalda cuando me guiaba a través de una puerta.

Sin embargo, no era una tonta. Traté de convencerme de no enamorarme de él. *Él es un ángel*, me seguía diciendo. *Eres una adolescente. Se realista. No tienen casi nada en común. Nunca funcionaría. No te engañes a ti misma. Probablemente piensa en ti como una niña.*

—¿Por qué Italia? —le pregunté un viernes por la tarde mientras nos sentábamos por un almuerzo tardío en un restaurante que encontramos siguiendo nuestras narices—. ¿Por qué permanecer aquí, con todos los lugares en el mundo a los que podrías ir?

—La comida, por supuesto —respondió tomando un bocado de su *calzone*.

—Es algo bueno que los ángeles no tengan que preocuparse por el colesterol alto —bromeé.

Se rió, y el sonido me calentó. —En realidad, es el idioma. Encontré que el italiano es el más hermoso y expresivo de todos los lenguajes humanos.

Cambié a italiano inmediatamente. —Así que, Phen —pregunté—, ¿qué haces? ¿Cuándo no estás jugando al guía turístico para ángeles de sangre norteamericanos?

—Muchas cosas. Escribo. Pinto. Pienso en cosas… —Se inclinó hacia adelante, atrapándome en su sonrisa magnética.

Me sonrojé. Quería gustarle muchísimo.

—¿Qué haces? —preguntó—, ¿cuándo no estás sorprendiendo ángeles en las iglesias?

—Tengo una cosa por las películas de terror. Y toco el violín. Y leo. —Salté la parte en donde investigaba todo lo que podía tener en mis manos acerca de los ángeles, los Nephilim y sus formas. Eso sonaba demasiado obsesionado—. Escribo un poco, también. Poesía. No muy bien.

—Me encantaría escucharte tocar el violín en algún momento —dijo.

—Me encantaría ver tus pinturas en algún momento —dije en respuesta.

Asintió. —Después del almuerzo, entonces —dijo, como si eso lo arreglara—. Volveremos a mi apartamento.

Su apartamento. Tragué una copa de vino.

Una vez que estuvimos allí, rodeados por las paredes de su apartamento, estaba tan nerviosa que seguía chocando con las cosas. Su apartamento era justamente como él: de buen gusto y elegante pero no pasado de moda, una mezcla de muebles modernos y antiguos bien conservados. El estudio de arte estaba en la parte de atrás. Me llevó adentro y encendió las luces. Vagué de pintura en pintura, desde paisajes urbanos de Roma a primeros planos de flores, de lienzos llenos de gente o impresionantes retratos singulares. Todos los temas de sus pinturas eran completamente diferentes, pero había algo similar en ellos, un factor unificador que las marcaba como creadas por la misma mano. Tenía que ver con el uso de la luz y cómo la usaba para mostrar la vida de la cosa que pintó, como si hubiera algo brillante saliendo desde el interior del cuerpo de un niño, o de los pétalos de una flor, o de un arco en particular de un antiguo edificio, irradiando hacia el exterior, algo que transcendía lo físico. Se aclaró la garganta como si estuviera avergonzado, expuesto a través de su obra.

—Entonces. Has visto mis pinturas —dijo—. Ahora es tu turno.

De algún lugar sacó un violín, un arco, luego me llevó a la sala de estar, donde se sentó en el sofá, puso los codos sobre sus rodillas y esperó a que tocara. Este era un viejo y espléndido violín, mucho mejor que el que tenía en casa. Lo metí debajo de mi barbilla con cuidado, cerré los ojos y comencé a tocar una canción que me sabía de memoria, *Chaconne* de Bach, una pieza difícil pero la única que nunca fallaba para llevarme. La música aumentó a nuestro alrededor, llenando la habitación y vertí todo mi anhelo, mis deseos, como si estuviera contando la historia de mi vida a

través de las notas a medida que se aventaban a mí alrededor. Como si le estuviera contando a Phen las cosas que no me atreví a decir en voz alta.

Cuando terminé y abrí los ojos otra vez, Phen tenía lágrimas en las mejillas. Yo también.

—Hermoso —murmuró, y sabía que hablaba sobre más que la canción. Me miraba como si fuera una mariposa atrapada en su red, como si estuviera tentado a clavarme detrás de un vidrio aunque sabía que debía dejarme volar lejos.

Tragué. Mi corazón danzaba, mi cabeza nadando, mi cuerpo vivo con sensaciones.

Al fin. *Así que esto es lo que se siente*, pensé, *estar enamorada*.

El año siguiente gasté gran cantidad de tiempo pensando en formas de seducir a Phen. No sabía cómo todavía, ya que no sabía nada de cómo uno va seduciendo a alguien, en ese punto. Pero aprendería, lo averiguaría. No me importaba si era una locura. Iba a vivir mi viva sin reservarme nada, me dije a mí misma. Iba a probar esos labios suyos perfectamente esculpidos. Iba a sentir sus brazos a mí alrededor.

Iba a ser suya y él iba a ser mío.

Me arrojé a la investigación de cómo uno podría tentar a un ángel con el mismo tipo de pasión que usé para todas mis otras investigaciones. Era la pintura, pensé. Esa era mi entrada. A él le gustaban las cosas hermosas. Me convertiría en algo hermoso. Me convertiría en una musa.

Me envió un correo electrónico pocos días antes de volar a Roma para el segundo verano. Le había dado un trozo de papel con mi información de contacto, pero no se había puesto en contacto hasta ahora: Este es un breve mensaje de penamue@gmail.com, no es broma.

Decía: *Estoy deseando verte.*

Lo tomé como una buena señal.

Para el primer par de semanas de vuelta en Roma caímos en la misma rutina del año anterior. Martes y viernes. Caminábamos. Hablábamos, aunque principalmente era Phen quien hacía la charla. Estaba de repente, inexplicablemente, tímida a su alrededor. Pero no me llevó a su apartamento otra vez. Me llevó a museos, cafeterías e iglesias, siempre llevándome a casa al atardecer. —Nos vemos la próxima vez —diría. La próxima vez.

—Nos vemos —respondería. Tramando, tramando, como la próxima vez me gustaría hacer mi gran movimiento.

Hasta que un día simplemente reuní las agallas y me presenté en su piso. Era un miércoles en la tarde. Llamé a la puerta. Respondió, usando una camiseta blanca manchada con pintura y pantalones vaqueros con agujeros en las rodillas, limpiándose las manos con un trapo. Mi cabeza daba vueltas, al verlo así, en medio de su proceso. Mi corazón se sentía como si fuera a estallar. *Te amo*, pensé inmediatamente, y era vergonzoso, la forma en que me había enamorado tan duro y él no tenía ni idea.

Parecía genuinamente sorprendido de verme.

—Hola —dijo en Angélico, nuestra broma privada.

Aquí va nada, pensé.

—Quiero que me pintes —dije, saltando directo al grano—. ¿Me pintarás Phen?

Sus cejas se arrugaron ante mi petición.

—¿Por favor? —pregunté, mi voz vacilante. Había estado planeando esto durante meses, pero en ese momento me asusté.

Asintió y dio un paso atrás para dejarme pasar a su apartamento. Arrastró el sofá verde en su estudio y me dijo que me recostara encima. Tuve un destello de *Leonardo DiCaprio* pintando a *Kate Winslet* a bordo del *Titanic*, la forma en que ella levantó el diamante y dijo algo como: "Quiero que me pintes en esto. En sólo esto".

Fue a la cocina a limpiar los pinceles y preparar un nuevo conjunto, y tanteé a mí alrededor consiguiendo entrar en un camisón negro ceñido que había traído para la ocasión. Era demasiado, supe inmediatamente después de que me lo puse. Toda esta cosa era un enorme error. Pensaría que era una obscena.

Demasiado tarde. Regresó a la habitación y se detuvo en seco cuando me vio. Luché contra el impulso de bajar el camisón negro ceñido, el cual terminaba en la parte superior de mis muslos. Demasiado corto. Indecente. Inadecuado. Grosero. Metí la pata. Arruiné cualquier posibilidad que alguna vez habría tenido con él.

Me mordí el labio.

—Lo siento —dije.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo casi críticamente durante unos segundos antes de que él mirara hacia el suelo. Me preparé para oírlo decirme que me pusiera la ropa de nuevo. Se miró las manos, donde el dorso de sus dedos estaba manchado de pintura roja. Luego asintió.

—Quítatelo —murmuró.

Mi garganta se cerró.

—¿Qué, ahora? —Me atraganté.

—Ahora —respondió con la insinuación de una sonrisa, sin levantar la mirada. Se dio la vuelta y recogió una manta tejida con diferentes retazos que cubría la parte posterior de una silla en la esquina—. Cúbrete con esto —instruyó, entregándomela sin mirar. Cuando había hecho lo que me pidió, se puso a tirar de la tela a través de mí como él deseaba, revelando partes de mí y ocultando otras. Cuando terminó se acercó a la ventana y abrió las cortinas. La habitación se inundó de luz. Puso un nuevo lienzo sobre un caballete, pasó un momento orientándolo en su sitio, entonces recogió un carboncillo negro y empezó a esbozarme.

Me mantuve tan quieta como pude. Era tranquilo. Todo lo que podía oír era el roce áspero de sus marcas contra el lienzo. Casi no me atrevía a respirar, por miedo a estropear el momento.

De pronto se echó a reír.

—Relájate, Angela —dijo—. Habla conmigo. Cuéntame más sobre tu vida este año. He estado pensando en ti todos estos largos meses.

Suspiré y derramé todo. Fue entonces cuando le hablé de Clara, de cómo se había tropezado con Jackson el invierno pasado con lo que podría muy bien haber sido una señal de neón sobre su cabeza que decía *ANGEL-DE-SANGRE* en letras parpadeantes. Hablé de cómo Clara se obsesionó con Christian Prescott porque pensó que era su designio.

—Ah —dijo—. Designio. No había oído esa palabra en un largo tiempo.

Le conté sobre el hombre del traje gris.

—Qué misterioso —dijo con una sonrisa—. Bueno, vamos a ver cómo va eso, ¿no?

No dijo nada más sobre el designio, y no lo presioné. Estaba demasiada ocupada sintiendo los trazos que su mano hacía en el lienzo como toques reales sobre mi piel. Estuve de ese modo durante una hora, tal vez más, hasta que de repente paró de trabajar. Puso el lápiz abajo.

—Suficiente por hoy —dijo—. Reanudaremos mañana. Tengo hambre.

Dio un paso por delante de mí en la sala de estar, dejando que me vistiera sola. Mi decepción era un nudo en la garganta. No me vio como cualquier cosa más que otro tema. Una manera de pasar el tiempo. Pero entonces, quería que volviera mañana. No lo había estropeado por completo.

Posé para él todos los días de esa semana. Nunca me dejó ver su progreso, pero cuando todo estaba hecho anunció que debía venir a cenar

a su casa, celebraríamos mi regreso a Italia, y me mostraría la pintura. Me puse de pie junto a él, completamente vestida en esta ocasión, tiró a un lado el paño que había estado usando para cubrir el lienzo, y contuve el aliento.

Era yo—no sólo mi cuerpo, mi nariz, mi pelo negro azulado y mis piernas extendidas contra el suave terciopelo verde del sofá, sino que era el interior: la luz en mí casi parecía vibrar en el lienzo, brillando a lo largo de mi hombro desnudo, brillando en mis ojos.

Una mujer, no una niña.

Una mujer brillante.

Él me veía.

—Puede ser la mejor pieza que jamás he hecho en mi vida. —Se volvió a mirarme con una calidez que se extendió por mí—. Eres una maravilla, Angela.

Oh dios, pensé aturdida. *Ni siquiera me ha besado todavía, y siento como si mi cielo estuviera lleno de fuegos artificiales. Descargas atmosféricas. Magia.*

—Bésame —le susurré en italiano.

Algo en sus ojos brilló, como dolor y triunfo a la vez. —Angela…

—Bésame —le dije otra vez, y coloqué los brazos alrededor de él. Levanté la mirada a su cara, a sus oscuros ojos con secretos y sonreí—. *Ti voglio baciare* —dije. *Quiero besarte.*

Bajó los labios a los míos.

Estaba deshecha.

Volví a nacer.

Esto en realidad estaba pasando. Lo estaba besando, mis dedos en su cabello, y fue como colocar un fósforo a la gasolina. No podía acercarme lo suficiente.

Se apartó, con la respiración entrecortada. —Espera. No puedo hacer esto, tanto como me gustaría no puedo. Tan hermosa como eres. No podemos.

—¿Por qué? —Quería saber, mis rodillas aun temblando por la fuerza del beso—. No te estoy pidiendo ser estables ni nada. Quiero que seas el primero, eso es todo.

Sus ojos destellaron a los míos en la palabra *primero*. —¿Por qué? —preguntó con voz ronca—. ¿Por qué me querrías?

—¿Te has dado una buena mirada en el espejo últimamente? —pregunté, y luego, quizá porque no quería quedar como una completa

superficial, añadí—: Eres la única persona que realmente me entiende, Phen. Ese es el por qué quiero que seas tú.

Y porque te amo. No lo dije en voz alta, pero me preguntaba si podía verlo en mi cara.

>>Además, quiero experimentar con alguien que realmente sepa lo que están haciendo —dije en broma, pensando en esa mujer en 1636.

Me dio una pequeña risa incrédula. —Oh, no sé lo que estoy haciendo. —Sus ojos lucían oscuros con algo como deseo.

—Sé que me quieres —dije. Lo besé de nuevo. Despacio. Mostrándole que todo estaba bien.

Gimió, luego se apartó de nuevo. —No se suponía que pasara de esta manera. Se suponía que te enseñe.

—Entonces, enséñame.

—No soy bueno para ti —dijo—. No soy… bueno.

—No eres malo —protesté—. Eres ambivalente, ¿verdad? —Hasta entonces me había gustado la idea de su ambivalencia. Si hubiera sido un Ala Blanca, no habría manera alguna de haber intentado esto. Él hubiera sido muy bueno para mí. Intocable. Pero era perfecto de este modo. Él era perfecto.

Me incliné nuevamente, pero me tomó por los hombros y me alejó de él. Fuerte. Tropecé hacia atrás.

—No —dijo—. Angela, por favor trata de entender. Lo siento si te llevé a pensar…

El rechazo quemaba en mí. Repentinas lágrimas brotaron de mis ojos. —Me llevaste a pensar ¿qué? ¿Que podrías estar interesado en alguien como yo?

Suspiró. —Eres magnífica, de carácter fuerte, inteligente. Eres increíble. Cualquier chico mortal sería afortunado de tenerte.

—No quiero un chico mortal —dije, mi voz tonta, agrietada y vulnerable—. Te quiero a ti. Puede ser casual. No me importa.

Cerró los ojos por un momento, apretando la mandíbula. Luego dejó caer la cabeza, suspiró de nuevo y dijo—: No puedo estar contigo, Angela.

—¿Por qué no?

—Eres una niña —dijo.

Retrocedí como si me hubiera abofeteado. —Soy una niña.

No dijo nada.

—Tú… —Temblaba, estaba tan dolida, enojada y completamente destrozada. No podía recuperar el aliento—. Bueno, eres un bromista,

entonces. *Tócame algo en tu violín, Angela. Quítatelo, Angela.* Tú... jugaste conmigo.

Levantó la vista. La ira ardía en sus ojos. —No. No pedí esto. No necesito esto.

—Magnifico. Bien. Tampoco te necesito. Tú... idiota —espeté, y luego me largué por la puerta. No podía soportar estar en su presencia por otro segundo más. Corrí. Fuera de su piso. Por las calles adoquinadas, todo el camino de vuelta a casa de mi abuela, donde me lancé en la cama y lloré más fuerte de lo que jamás había llorado antes.

Cuán estúpido de mi parte, pensé más tarde, cuando pude formar pensamientos coherentes de nuevo. Qué adolescente. Me toqué los labios donde el recuerdo de su beso aún persistía. *Cuán tonta. Debería volver, pedir disculpas.*

Pero cuando lo hice, se había ido.

12

Clara

Traducido por Aleja E

Corregido por gabihhbelieber

—Entonces, ¿quién es el muerto? —pregunta Ángela.

Estamos en la Capilla Sixtina con Phen. Hay tantas cosas aquí, diferentes frescos, murales y tapices, que ni sabía a donde mirar. Me estaba dando un dolor de cabeza, para ser honesta.

—Ese es Moisés —responde Phen—. Se llama *La discusión sobre el cuerpo de Moisés.*

—Parece un debate bastante acalorado —dice Ángela—. ¿Quién es el ángel con la lanza?

—Miguel.

No lo puedo evitar. Me doy vuelta y miro, y sí, ahí está mi querido padre, vestido con armadura de oro y una especie de casco con plumas, amenazando con clavar al diablo. Incluso se parece a una parte de mi padre, algo en su rostro que me recuerda a Jeffrey. Trago. No he visto a ninguno de ellos, papá o Jeffrey, desde la semana del funeral de mamá.

—Así que Miguel es una especie de tipo duro —dice Ángela, el lado de su boca elevándose en una media sonrisa disimulada. Se encuentra con mis ojos, prácticamente guiñándome.

Phen se burla. —Él cree que sí. Es llamado El Golpeador, después de todo.

Rápidamente aparto la mirada, tratando de mantener mi cara neutral. Voy a estrangularla después.

—¿Y quién es el ángel en verde? —pregunta.

Phen mira de reojo hacia el fresco. —Es difícil de decir. Uriel, probablemente.

—Por qué, ¿porque Uriel le gusta el color verde?

Él se burla de nuevo. —Debido a que Uriel es amigo del alma de Miguel.

Bueno, mala idea o no, tengo que admitir que esto es interesante. Hemos estado saliendo con Phen sólo por un par de horas y ya he aprendido tantas cosas que no sabía antes. Como que mi papá tiene un mejor amigo. Uriel.

—Así que el lado izquierdo es la vida de Moisés, y el lado derecho es la vida de Jesús, y el techo es la creación —dice Ángela mientras retrocedo unos pasos. Estiro el cuello para ver la famosa representación de Dios creando a Adán, en el techo. Siempre me pareció irónico, cómo la figura de Dios está llegando, con el cuerpo casi completamente extendido en su esfuerzo por tocar Adán, y Adán todo hastiado sobre eso, como si no pudiera siquiera levantar la mano así de lejos.

—¿Qué pasa con este? —Escucho a Ángela susurrar mientras ella y Phen se abren camino para mirar la pared del fondo, *El Juicio Final* de Miguel Ángel: una maraña de cuerpos retorcidos desnudos, algunos alzándose hacia el cielo, otros arrastrándose hacia la tierra.

—¿Y qué acerca de eso? —dice Phen después de un largo rato.

—¿Es esta la forma en que va a ser? —pregunta—. ¿Todos vamos a ser clasificados? ¿En el final?

Quiero escuchar esto. Me acerco, aguantando la respiración para poder escuchar sobre el arrastramiento de pies y la charla tranquila de los turistas que nos rodean. Por unos minutos, Phen parece que va a decir algo serio, impartir alguna pieza crucial del conocimiento sobre el universo, la vida y la muerte, el cielo y el infierno, las recompensas eternas y el castigo eterno. Luego sonríe.

—Si te dijera eso, sería estropear la sorpresa —dice.

Ella le golpea en el brazo. —Bien. No me digas

—Oh, no lo haré.

—Eres un idiota, ¿lo sabías? —dice, pero está riendo.

Phen quiere subir a la cima de la cúpula de San Pedro. Lo bueno es que estoy usando zapatos decentes, es todo lo que digo. Nos lleva mucho tiempo para llegar allí. En primer lugar tenemos que coger un ascensor y luego subir algo así como trescientos veintitrés escalones en está claustrofóbica y estrecha escalera de espiral. Pero entonces salimos, y es como estar en la cima del mundo, Roma extendida bajo nuestros pies ardiendo el en fuego de la puesta de sol.

Me quita el aliento. Bueno, eso, y que subí todas esas escaleras.

—Esto es increíble —respira Ángela.

—Sí —dice Phen, y creo que él debe saber que es increíble cuando lo ve—. Lo es.

Estoy en la barandilla y tomo unas cuantas fotos de la vista, pero me doy cuenta de que no hay manera de que mi cámara sea capaz de capturar lo hermoso que es. Entonces doy vuelta e impulsivamente tomo una foto a Phen y Ángela. Sé en el segundo que la veo parpadear en mi pantalla que he tomado una foto preciosa de ellos, de pie muy cerca, pero sin tocar, Phen no mira la puesta de sol, sino a Ángela, admirando abiertamente la forma en que es bañada con los rayos de sol, hebras de su largo y oscuro cabello que ondeando alrededor de su cara mientras ella mira con una expresión absorta. En ese instante, me da la sensación de que esto podría no ser una cosa de un solo lado, su relación. Puede que él también le guste.

No estoy segura de cómo me siento acerca de esto. Para mí eso se ve mal, alguien joven de dieciocho años enamorado de alguien que es más viejo que la suciedad —literalmente— pero ¿quién soy yo para juzgar? Mi madre también se casó con un ángel, después de todo.

La edad es sólo un número, ¿no?

Debería irme, creo, escabullirme y que tengan este momento romántico juntos.

Pero luego Ángela dice—: Tengo que hacer pis. Ya vuelvo.

Me quedo mirándola, perpleja. —¿Tú vas a ir todo el camino hasta abajo? Iré contigo —Le ofrezco.

—No, tú te quedas —dice, y reconozco el tono sin sentido. No se trata de que ella tuviera que ir al baño. Esto es acerca de ella esperando que yo esté a solas con Phen.

—Espera —digo, pero ya se ha ido.

—Mujeres —dice Phen con una sonrisa—. Siempre escogen los momentos más inoportunos para empolvarse la nariz.

—Sí, las mujeres son tan tontas en ese sentido —digo, irritada. No me gusta ser manipulada, incluso si entiendo por qué lo está haciendo. Debería ser agradable, una pequeña charla, intentar llegar a conocerlo. Y es agradable, lo admito. Divertido. Encantador. Puedo ver lo que Ángela vio en él, y sé que esto es importante para ella, quiere que lo apruebe, pero no puedo evitarlo, hipócrita o no. Por alguna razón que no estoy segura, me hace sentir incómoda.

Él sonríe. Este tipo es un maestro en sonrisas. —No haces un gran esfuerzo para ocultar el hecho de que no te agrado.

Aparto la mirada, avergonzada de que es tan obvio. —Me agradas, Phen.

—Sí, claro —dice con sarcasmo.

—Bueno, de todos modos yo sí quiero agradarte. —Todo eso es cierto.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Por qué te importa?

—Debido a que Ángela le importa.

—Ah. Supongo que eso te hace una buena amiga.

—Supongo.

—Así que estás tratando de agradarme, pero no puedes manejarlo —dice con una risa—. ¿Por qué?

—Porque no sé lo que eres —le respondo. Podrías también ser honesto.

Levanta sus manos, en un gesto que dice: *Lo que ves es lo que obtienes.*

—No —le digo—. Eres un ángel.

—Gracias por recordármelo.

—Pero no actúas como un ángel. No te sientes como tal. No hablas como uno.

—Ya veo. ¿Conoces a muchos ángeles? —pregunta.

Oh, mierda. No quiero que esta conversación se trate sobre mí y de los ángeles que conozco. El ángel, singular. Me doy la vuelta, veo la última cuña del sol desaparecer detrás del horizonte.

Debajo de nosotros en la plaza, las personas son como pequeñas hormigas oscuras contra la piedra, dando vueltas, y de repente me siento tan retirada de ellos, como si fuéramos de diferentes especies, ellos y yo, estoy sola, mirándolos, pero no siendo parte de su mundo.

—No somos todos iguales, sabes —dice Phen entonces—, los ángeles.

—Lo entiendo. Pero te ves como uno de nosotros, y no es así. Así que, supongo que no entiendo a lo que estás jugando, o lo que quieres con Ángela

Lo miro. Todo el humor se ha ido de sus ojos. Se pasa los dedos por el cabello, y luego suspira profundamente.

—Nunca encajo con los demás —dice después de una pausa reflexiva—. Nunca. Los alegres con su optimismo, sus funciones, su fe nunca sin vacilar en lo que Él quería. Los Watchers que amaban a los humanos tanto que los mató verlos morir como mariposas bonitas. Los tristes, que odiaban a los humanos por su libre albedrío, y lo odiaban a Él por dárselos ellos. No amo ni odio a los seres humanos. Los respeto. La forma en que son ellos mismos, de manera que nosotros los ángeles no lo

somos. Ellos mienten, duermen y maldicen, y tratan de definirse a sí mismos con tanta valentía. *¿Quién soy yo?* Se mantienen preguntándose. *¿Por qué estoy aquí?*

No sé qué decir a esto. Eso es todo lo que realmente me he estado preguntando durante los últimos dos años. ¿Eso es lo que me hace humano, me pregunto, el que sigo haciéndome está pregunta?

—Creo que Ángela es muy humana, aunque es más que eso. Tú también. Y sí, soy un impostor. Me hago parecer joven y finjo. Es la única manera en que puedo sentir cualquier cosa.

Suena cansado, triste. Tal vez he sido demasiada crítica por todo esto, creo. No he tenido una mente abierta, eso es seguro. Pero todavía no lo puedo leer. No puedo mirar en su corazón y saber si sus intenciones son buenas o malas. Así, casi sin pensarlo, me giro y pongo mi mano sobre la suya en la barandilla.

Sus ojos parpadean hacia la mía. Su piel es fresca, suave, pero fuerte, como tocar una estatua. Él me da una sonrisa triste.

—Se necesita una gran cantidad de energía, el ser humano, aunque sea sólo en el exterior —dice, y por un momento me permite ver la capa de lo que está debajo de la superficie: su espíritu, uno difuminado como si alguien manchara a su alrededor con carbón. Su alma es de color gris. Fría. Casi incolora. Siento cómo está cansado consigo mismo, cuán resignado a que esta existencia es todo lo que alguna vez habrá para él, día tras día tras día, hasta el fin del mundo, y aun así no sabe qué va a pasar o si nada cambie de verdad.

—Los seres humanos le temen tanto a la muerte, pero no hay muerte —susurra—. Es sólo la ilusión de la misma. No podemos dejar de ser. Tenemos que seguir así. Para siempre.

Confía en un ángel para que te haga ver la eternidad como un enorme fastidio.

—Debes dejar a Ángela sola —digo, después, con firmeza. Porque Ángela merece a alguien bueno. Phen no puede ser malo. Pero no es bueno. Ella se merece a alguien que este loco por ella y para ella, su loca inteligencia y chorros de bondad, sus pequeñas manías. No sólo por su "humanidad". Ella se merece a alguien real.

Phen saca su mano, sonríe de nuevo, y la confusión a su alrededor se detiene, se solidifica. Ha terminado de mostrarme la verdad.

—He tratado de resistirme a ella —dice—. ¿Alguna vez haz tratado de decirle que no?

—Claramente no te esfuerzas lo suficiente.

—Esto es un poco hipócrita —dice, con voz más fuerte—, que me desapruebes por pretender ser algo que no soy.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué es eso?

—Porque tampoco eres humano. Pero lo quisieras ser.

Mi respiración se queda atrapada. Es cierto. Soy más ángel que humano. Pero él no puede saberlo. ¿Puede?

—Soy humano —protesto. Quiero mentirle, decirle que sólo soy un cuarto de ángel, que mi sangre de ángel está tan diluida que poco importa, que estoy una pizca lejos de ser completamente normal, pero me temo que va a ver la verdad a través de mí y sólo empeorará las cosas. Fortifico el muro mental que construí entre nosotros—. No estoy fingiendo nada.

—Eres un niño pretendiendo sentarse en la mesa de los adultos. —me dice.

—Si soy un niño, también lo es Ángela —le replico.

—Cierto. —Suspira como si este lugar de pronto le aburriera, pasándose la mano por el pelo—. Tenemos que ir a buscarla. Está oscureciendo.

13

Angela

Traducido por Valen Drtner

Corregido por Vanessa VR

El Vaticano no salió nada bien. Puedo verlo todo en la cara de Clara cuando regreso del baño. A ella no le gusta Phen. Nunca le gustará. Piensa que es demasiado bueno, demasiado especial, muy angelical para mí. Soy sólo un Dimidius, después de todo.

—¿De dónde sale, juzgándome? —despotrico con él más tarde, después de que me escabullí y básicamente lo ataqué de nuevo en su apartamento. Acaricia mi cabello, tratando de tranquilizarme, pero sigo enojada—. Quiero decir, no es que ella sea tan perfecta.

—Está preocupada por ti —dice.

Alzo la vista hacia él. —No hagas eso. No actúes como si me estuvieras poniendo en peligro o algo. Pensé que ya habíamos superado eso.

—Soy un ángel —dice simplemente—. Lo que no es normal. Clara quiere algo normal para ti.

—Bueno, no quiero algo normal. —Me acurruco en su pecho, presionando un beso allí—. No sé por qué está tan preocupada por eso. Ella de todas las personas debería entenderlo. Su madre se casó con un ángel, por el amor de Dios.

Sé en el minuto que lo digo que la traicioné.

Phen se tensa, su mano está helada sobre mi espalda desnuda. —¿Qué?

Me siento y trato de desenredarme, jalo la sábana para cubrirme. —No debí habértelo dicho —digo—. No quise decir eso. Por favor, no…

—No, no lo haré —dice suavemente, casi como hablando más para sí mismo—. No tiene nada que ver contigo —añade, aunque no estoy segura

de que quiere decir con eso. Me mira severamente—. Pero debes tener más cuidado. Si los caídos supieran, podrían cazarla.

—Está bien.

Me hala de nuevo hacia él. Nos tumbamos allí por un minuto sin hablar.

—Esto es una locura, Ángela. —señala finalmente.

Cierro los ojos. —Si esto es una locura, entonces no quiero ser prudente.

—Me preocupo por ti, más de lo que alguna vez hubiera esperado —dice—. Y he… disfrutado esto.

—Yo también.

—Pero no puedo amarte. Y tú mereces amor. Clara tiene razón respecto a eso.

Trago el nudo que se forma en mi garganta —No necesito amor ahora —susurro—. ¿Está bien?

—Está bien —expresa, y entonces lo beso como si esta conversación nunca hubiera ocurrido. Como si pudiera hacer todo desaparecer excepto a nosotros. Y, por un tiempo al menos lo hace.

Cuando regreso a casa, Nonna está sentada en el escalón de entrada. Esperando. Se levanta cuando me ve.

—Entonces, es verdad. Has estado con un chico. Toda la noche.

Trato de parecer casual. —¿Clara te dijo eso?

—No necesito que Clara me diga lo que es evidente —dice—. Te has manchado a ti misma.

—Oh, Nonna no seas tan dramática.

Golpea su bastón fuertemente contra el pavimento. —¡Tu madre no te envió aquí para esto!

—Entonces, ¿para qué me envió? —replico—. Lo hizo para deshacerse de mí por algunos meses, por eso lo hizo. Así puede estar sola sin una chica con quien cargar. ¿Verdad?

—Claro que no. Te envió para que aprendieras historia, y entendieras el mundo. Así que aprenderás acerca de la familia.

No digo nada.

—Hoy, Clara y tú tomarán un tren a donde mi hermana en Florencia. Te quedaras allí el resto del verano. No verás a ese chico de nuevo.

—No es un chico —comento.

—No me importa lo que sea —dice Nonna con cansancio—. Irás. Ahora ve arriba y empaca.

Quiero negarme. Tengo dieciocho ahora, soy una mujer grande. Tomo mis propias decisiones. Pero no discuto. Cuando Phen me dijo adiós esta mañana pude escuchar una irrevocabilidad en su voz, como si tal vez no fuera a estar presente si vuelvo otra vez. Creo que siempre supe que nuestro tiempo juntos sería temporal. Efímero. Y si él no decide cancelarlo ahora, no es como si el ir a Florencia detendrá que estemos juntos.

—Bien —digo suavemente. Paso a Nonna, y entro a la casa. En la cocina, Clara me mira desde la mesa, luego rápidamente hacia otro lado.

—Bien jugado —le señalo.

—No hice nada. Tiene ojos, sabes. Podía ver que no estabas aquí. Trate de cubrirte, pero…

—Eres una mentirosa de mierda —la corto. Lo cual es cierto. Clara miente muy mal.

—Lo siento —murmura Clara—. Pero Ange, sobre Phen…

—No te incumbe nada acerca de Phen —la interrumpo—. Ahora, aparentemente tengo que empacar.

14

Clara

Traducido por Aiden

Corregido por Melii

Ángela no me habla por una semana entera. Paso el tiempo deambulando sola por toda Florencia, contemplando los paisajes sin ella. Considero cuán difícil será el otoño cuando tengamos que ir a Stanford juntas. Pero no lamento lo que le dije a Phen. La verdad no. La estaba protegiendo, me digo. De la única manera que conocía.

Pero no importa. Al final de la semana, se está escabullendo otra vez. Esta vez por la ventana. Phen debe habernos seguido hasta aquí.

Voy a tener que hablar con ella sobre eso, sobre él.

La tátara tía abuela de Ángela, Betta, nos pone a trabajar haciendo su cena familiar del domingo. Observo a Ángela mientras está cortando la lechuga para la ensalada, y puedo notar que casi no está aquí conmigo. Ella sigue con él. Sus ojos están distantes. Me pregunto si me veía así con Tucker. Si era tan obvio en mi rostro.

Ella levanta la mirada, ve que la estoy observando y su expresión se vuelve sombría.

—Me estas juzgando —dice—. De nuevo.

No sé cómo decirle lo que pienso. Mi garganta se cierra alrededor de las palabras que debo decir, sobre lo que vi del alma de Phen, lo que él dijo, lo que yo dije. No es lo que ella quiere escuchar. Sin embargo, debo decirle. Puede dolerle, pero es importante que ella sepa cómo es él en realidad. Me asomo por la ventana y veo a Betta en el balcón tendiendo sábanas, tarareando canciones de la radio en voz baja para que no podamos escucharla.

—Ange, escucha —comienzo, aunque tengo el presentimiento de que no lo hará.

—No te molestes en explicar —dice antes de que pueda decir otra palabra—. Ya sé que esto con Phen no va a funcionar. Él y yo lo sabemos. Ya lo hemos hablado. Tal vez sea esa parte la que me vuelve loca por él. Es fruta prohibida. Sé que no podemos estar juntos.

Suelto un suspiro de alivio. Gracias a Dios está siendo sensata. Por fin.

—Pero eso no cambia la manera en que me siento por él —continua, viéndome con el cuchillo aun en su mano—. Puede que él no sea mi destino, como lo que tú tienes, pero no cambia el hecho de que yo… —Se ve avergonzada, se limpia el sudor de la frente y regresa a seguir cortando la lechuga—. Supongo que imaginé que me ibas a entender.

Mucho que decir para tomarla por sensata. Pero en verdad tiene razón. Soy la persona menos calificada para sermonear a alguien sobre cosas del corazón. Soy el poster del estatus "en una relación complicada" de Facebook. Todavía sueño con Tucker casi todas las noches.

—Yo entiendo —le digo—, pero…

—Por eso acordamos mantenerlo casual —dice como si no me hubiera escuchado—. Fue algo temporal, sabíamos eso. Sólo somos amigos, de verdad. Eso es todo.

—Amigos —repito despacio.

—Sí. —Tiende la mano y me lleva un segundo darme cuenta de que tengo que entregarle un tomate que he estado sosteniendo—. Amigos.

Le paso el tomate y lo corta rápidamente, sin mirarme. Me recuerdo a mí misma que es una persona mayor, y además, vamos a regresar a los Estados en un par de semanas y estoy segura de que habrá toda clase de chicos listos y calientes para que se sienta de manera normal en Stanford. Chicos que tengan almas con colores.

Abro la boca para decirle eso.

—No lo hagas —susurra—. No arruines esto para mí, C. Déjanos solos. Se resolverá por sí solo.

Y por eso no hablo de lo que vi en Phen ese día en la cima de San Pedro. Es su vida y me mantendré al margen de ella.

Es una decisión de la que siempre me arrepentiré.

Fin

Sobre el Autor

Cynthia Hand es originaria del sudeste de Idaho y hasta el día de hoy vive con su esposo y dos niños en la parte sureña de California, donde enseña escritura en la Universidad Pepperdine. Se ha graduado en escritura creativa de la Universidad de Boise State y la Universidad de Nebraska-Lincoln. En lugar de una musa, Cynthia tiene un ángel guardián llamado Buster. Él usa un sombrero vaquero en lugar de un halo, prefiere una camioneta destartalada a volar, y adora corregir la gramática de Cynthia. Averigua más en www.cynthiahandbooks.com.

Traducido, Corregido y Diseñado por:

www.librosdelcielo.net